

ALIX



JACQUES
MARTIN

LA ISLA MALDITA



casterman

JACQUES
MARTIN

LA ISLA MALDITA



casterman



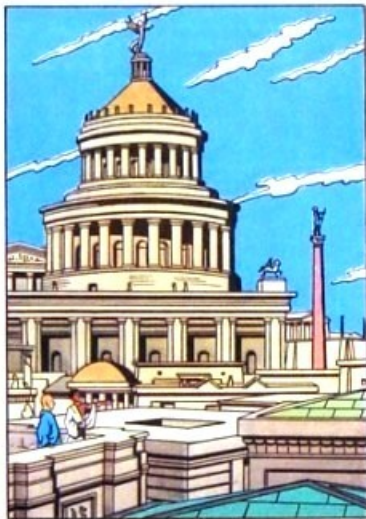
IMPERIO ROMANO EN SU APOGEO

PEAK DE CARTHAGE



Las ciudades señaladas en rojo son aquellas que jalonan el itinerario de Alix desde el inicio de sus aventuras.

Tras haber triunfado en la Esfinge de Oro y destruido el templo de Efaoud, Alix y sus compañeros han regresado a Alejandría, donde gozan de un reposo bien merecido. Mientras tanto, a cientos de leguas de allí, otro puerto de la costa africana vive horas de angustia, se trata de Cartago, la rival secular de Roma. Fundada en el siglo IX a.C por colonos fenicios y griegos, Cartago ha llegado a ser poco a poco una república marítima muy poderosa. Pero su prosperidad no ha tardado en eclipsar a la joven Roma. Pronto las hostilidades aparecieron: las ciudades rivales se enfrentaron en tres conflictos célebres, las famosas "guerras púnicas"; Amílcar y Aníbal, por parte cartaginesa, Escipión el Africano y Escipión-Emiliano, en el bando



romano, se destacaron en esta lucha sin piedad. Después de estar a punto de perder, Roma se llevó la victoria final y destruyó la orgullosa ciudad africana de arriba abajo (146 a.C.) Pero Cartago renació de sus ruinas: pronto bajo la férula de un gobernador romano, brilla de nuevo con un vivo resplandor. Ha vuelto a ser una ciudad próspera y floreciente: un barrio rico domina el puerto desde sus edificios lujosos, mientras que la muchedumbre que hormiguea por las callejuelas estrechas del puerto y de los barrios bajos, no conoce más que la miseria. Ahora bien, hoy hay inquietantes acontecimientos que turban la serenidad de Cartago: una agitación febril reina en la ciudad

«¿Qué es lo que sucede?»...

Por todos lados los comentarios van corriendo. Los habitantes se reúnen en pequeños grupos en las calles para hablar; se espera por parte de las autoridades un comunicado tranquilizador. ¡O por lo menos alguna explicación!



Pero los notables, reunidos en el inmenso palacio que apenas está acabado, no están calmados. Estos ricos Cartagineses, elevados a las más altas funciones gracias a la benevolencia de Roma, acusan gravemente a su protectora.



«Es inadmisible! ¡Se burlan de nosotros!»

Tiene razón... El silencio... El silencio de Roma prueba cuánto se alegra de nuestras desdichas.



«Amigos, el momento es grave! La existencia misma de nuestra ciudad está amenazada. Ayer habíamos perdido considerables bienes; hoy han sido sacrificadas vidas humanas; mañana, la indiferencia que demuestra Roma...



Pero este discurso vehemente es interrumpido de repente

«¡SILENCIO! ¡Volved a vuestro sitio! ¡Su excelencia el Gobernador!»



Con rostro impasible y severo, Flavius, gobernador de Cartago entra en el hemiciclo.



Después, el murmullo, que se había silenciado un instante, se reanuda de nuevo.



Pero, indiferente a las conminaciones del pretor, la asamblea continúa agitada.

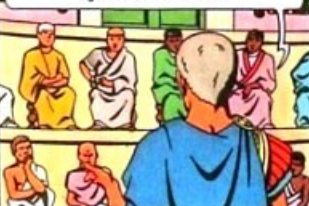


De pronto, el gobernador se levanta, irritado por este atentado a su dignidad.



La amenaza da sus frutos: se restablece la calma. Inmediatamente Flavius abre el debate.

¡Roma no hace oídos sordos a vuestra llamada! Un enviado especial debe llegar aquí de un momento a otro: los cónsules le han encargado investigar los acontecimientos que nos preocupan. Ignoro aún su nombre...



La puerta de la sala comienza a abrirse: un guardia aparece y anuncia:



Y es nuestro amigo Alix el que entra en la sala, donde reina entre los presentes un profundo silencio.



Recuperada de la sorpresa, la asamblea estalla en una inmensa explosión de risa.



Incluso Flavius no puede reprimir un gesto de estupor e inquietud a la vista de Alix.



Pero, sin inmutarse, Alix se dirige a saludar al gobernador.



La hilaridad de la asamblea se reemprende de nuevo más fuerte, Alix de pronto da media vuelta.



después explotan, con una rabia rencorosa.





Puñal en mano, Alix planta cara a la asamblea.

¡Mirad, estoy desarmado! Si hay alguien que quiera quitarme de en medio, este es el momento... ¿Y bien? ¿No os movéis? ¿A qué esperáis?



Pero alguien da un golpe con el pie a uno de los notables.

¡Basta, Segaball! ¡Hazlos callar!



¡Silencio amigos! Este joven tiene razón; nuestra actitud es indigna. Confiamos en su juventud y en su coraje, tal como han hecho antes nuestros cónsules romanos.



Enmudecida, la asamblea escucha.

Perdona nuestro nerviosismo jovencito; los acontecimientos que han perturbado Cartago tienen la culpa.

¡No se hable más!



Pero el gobernador toma la palabra.

Creo que sería mejor levantar la sesión. El enviado de los cónsules ha hecho un largo viaje, y debe reposar. Os reunirá de nuevo muy pronto para poneros al corriente de las medidas tomadas. Podéis retiraros.



En pequeños grupos, los notables abandonan el hemiciclo.

¡No he entendido nada!

¡Segaball debe tener sus razones!



Mientras tanto, el tal Segaball abandona la sala por su cuenta.



¡Un personaje singular este Segaball! Ejerce una influencia considerable sobre los notables, y nadie osará hacerle frente. A pesar de todo, está lleno de deudas y tiene una reputación execrable... Pero ven, estaremos mejor en mi casa para charlar.



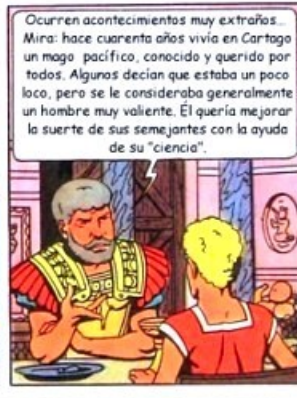
... Y algunas horas más tarde, en el palacio del gobernador, los dos hombres acaban de cenar.



No te esperábamos tan pronto en Cartago. ¿No me decías que hace apenas dos jornadas, aún navegabas por aguas griegas?



Sí. Yo hacía la ruta hacia Roma a bordo del "Janus" cuando una paloma mensajera se posó en nuestro puente. Llevaba un mensaje del general César que me ordenaba dirigirme inmediatamente a Cartago. El resto ya lo sabéis. Pero ahora, hablarme de ese famoso misterio.



Ocurren acontecimientos muy extraños. Mira: hace cuarenta años vivía en Cartago un mago pacífico, conocido y querido por todos. Algunos decían que estaba un poco loco, pero se le consideraba generalmente un hombre muy valiente. Él quería mejorar la suerte de sus semejantes con la ayuda de su "ciencia".



Ahora bien, un día los transeñantes vieron con gran estupefacción al viejo siendo llevado penosamente por la calle, ayudado de dos desconocidos, parecía estar preso de un grave malestar.



De repente, un esclavo ensangrentado apareció por una ventana y se puso a gritar...

¡Se llevan a Lydas! ¡Atrapadles!



Alertados por los gritos del esclavo, los transeñantes se apresuraron y pronto alcanzaron a los fugitivos.

¡Están allí! ¡Rápido, cójamosles!

Los dos desconocidos que se llevaban al desafortunado anciano, se adentraron en un porche...



Algunos de sus cómplices estaban apostados sobre el techo de este porche. Los perseguidores no les vieron.



...manipular un carro cargado de piedras.



Un segundo más tarde, el vehículo basculaba hacia el vacío.



...en el preciso instante en que los primeros perseguidores acababan de atravesar el porche



Dos de ellos fueron aplastados; el peso del carro impidió a los demás continuar la persecución.



El ruido que hizo el carro al caer y los gritos de los heridos alertaron a todo el cuartel. Los guardias romanos acordaron el lugar.



¡Evidentemente todo había sido maquinado previamente! Previendo que el secuestro de Lydas no pasaría desapercibido, los fugitivos habían ideado este medio para detener a los que les pisaran los talones.



¿Pero qué pasó con los dos raptores y del viejo mago? ¿Alguien tuvo que perseguirlos enseguida?



Sí. Se llegó a encontrar su pista y pronto un grupo que aumentaba sin cesar de Cartagineses y de soldados fue a darles caza.



Pero los bribones consiguieron mezclarse con la muchedumbre abigarrada que entorpecía el paso por el puerto.



Después se dirigieron hacia un muelle poco frecuentado donde, tras las velas, se encontraba amarrado un navío griego.



La tripulación les esperaba, y en cuanto el trío embarcó, fue retirada la pasarela.



...y largaron las amarras. En el instante en que el navío empezó a partir, la muchedumbre amenazante de perseguidores llegaba al muelle. Fue entonces cuando se produjo la primera de las catástrofes que trastornaron a los Cartagineses.



Un cegador resplandor se encendió bruscamente en el puente del barco extranjero.



Proyectado sobre los perseguidores, en un instante inflamó sus vestimentas. Los desdichados ardían como antorchas.



Aprovechando el pánico causado por este terrible suceso, el navío griego viró a babor y, precipitadamente, izó velas hacia el canal.

Sobre el muelle, las desafortunadas víctimas se revolvían por el suelo o se tiraban al agua.



Los vigilantes del faro, que de lejos habían seguido toda la escena, dieron la alarma.



Dos navíos cartagineses, el "Febo" y el "Apolo", que se preparaban también para salir del puerto, escucharon la inquietante señal.



Inmediatamente el capitán del "Febos" dio la orden de dar caza al misterioso navío. El comandante del "Apolo" le siguió.



Y comenzó la persecución. Más pesada y lenta, el barco griego perdía poco a poco su ventaja...



tanto que en la salida del canal los dos navíos cartagineses casi le habían alcanzado. Unos marineros ya se preparaban para el abordaje.



... cuando, en el puente enemigo, el terrible resplandor apareció de nuevo. Dirigido hacia el "Apolo".



incendiando instantáneamente el velamen del desdichado barco.



El incendio se extendió a toda la superestructura y después al casco. El navío pronto se convirtió en un inmenso brasero que se hundió en el mar.



¡Pero esto es atrocidad!... ¿Y los bandidos que habían atravesado el carro lleno de piedras? ¿No los habéis encontrado? No pudieron regresar a la nave.



No, sin duda... Pero por esa parte, nuestra búsqueda fue en vano. En cuanto al misterioso navío, aún no había terminado su serie de siniestras hazañas.



¿Qué más sucedió? Espero que no destruyeran también el "Febos".

¡Desgraciada mente...!

El otro barco cartaginés había virado a babor y huía de los rayos incendiarios de la trirreme griega. Era extraño pero la mortal luz disminuía de intensidad a medida que caía el crepúsculo.

De pronto, la nave griega dirigió sus últimos rayos incendiarios sobre una extraña mancha negra que se extendía por la superficie del mar.
¡Y PRENDIÓ FUEGO AL MARI!

¡Fue un espectáculo inaudito! El incendio progresaba con una increíble rapidez en dirección al "Febos". El desafortunado navío trató en vano de escapar a un final atroz.

El fuego le rodeó y, en un instante, toda la estructura fue pasto de las llamas. Un poco más tarde, se hundía.

Mientras tanto, algunos nadadores del "Apolo", que afortunadamente nadaban lejos de allí, se aproximaban a la orilla del canal.

Las gentes se acercaban a buscarles. Les lanzaron cabos y fueron izados al muelle.

¡Justo a tiempo! Los desdichados estaban exhaustos. Pero mientras salían del agua, se comprobó que sus cuerpos estaban cubiertos por manchas de una extraña grasa negra.

Entretanto, en el mar, el incendio se calmó poco a poco y la siniestra trirreme desapareció en el horizonte.

¡Todo eso es extraordinario...
¿Y no recogisteis un poco de esa grasa misteriosa?

Un oficial que había ayudado a socorrerlos y a transportarlos, tenía la mano cubierta de la misma sustancia.

Oliendo aquella grasa, descubrió un olor fuerte y agrio. ¿Qué podía ser aquel producto desconocido?

Sí, desde luego. Pero mi historia aún no ha terminado: sus cómplices, los hombres del carro, se encontraban todavía en la ciudad.

En efecto.
¿Y entonces?

Informado de los acontecimientos al atardecer, me dirigí inmediatamente al puerto para interrogar a los naufragos. Ya era de noche cuando llegué.

Desgraciadamente ninguno de los desdichados pudo dar ninguna explicación válida. Apenas podían hablar.

De repente, un soldado atrajo mi atención hacia una masa que flotaba en la superficie del mar.

En la oscuridad, creí poder identificar unos restos vagando a la deriva.

Se dirigió hacia la lejanía. Y la luna iluminando toda la superficie del mar, me permitió ver al navío griego, inmóvil en el horizonte.

La embarcación pronto le alcanzó. Entonces ya no dudé de que sus ocupantes eran sus cómplices, los famosos hombres del carro que quedaron atrás...

hasta el momento en que la luna, surgiendo entre las nubes, iluminó el objeto de lleno y descubrió una barca cargada de hombres.

Desgraciadamente ya era muy tarde para intentar nada: sin embargo, como medida de precaución, hice bloquear el canal y aposté hombres a lo largo de los muelles y alrededor de la ciudad.

La noche fue tranquila: por la mañana envié a mis oficiales a interrogar a las gentes del puerto...

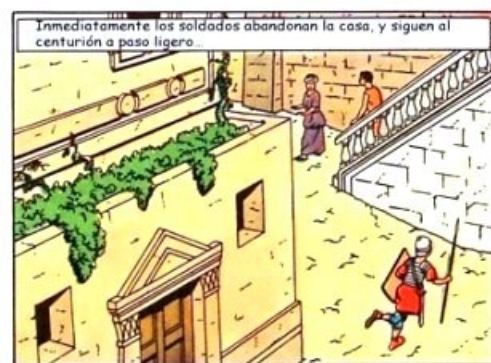
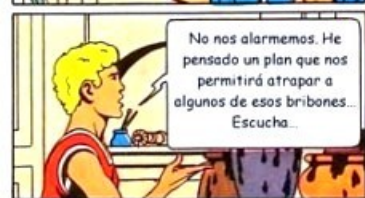
Pero todo lo que apreciaron es que una barca había sido robada durante la tarde a un barquero...

Y eso es todo Alix, el relato de los singulares sucesos que han conmovido Cartago. Comprenderás mejor todavía la cólera de los notables cuando sepas que el "Apolo" y el "Febos" pertenecían a un grupo de ricos mercaderes. Pero se hace tarde y debes descansar. Vayamos a dormir... ¡Buenas noches!

Mientras Alix y su anfitrión se separan, dos sombras, disimuladas en la vegetación del jardín, susurran...

Mira allí arriba. Alguien anda con una lámpara...

Se acerca a la ventana. ¡ES ÉL!!!
Y eso es su habitación.



El individuo da un breve vistazo a la callejuela antes de empujar la puerta de la desierta casa.



Nadie me ha visto entrar. ¡Perfecto!



Sube rápidamente los peldaños de la escalera.



El plano debe estar aquí, entre esos archivos.



Ojalá que el viejo búho no la haya escondido en otro lugar... ¡Ah, no, aquí está!



Esto está bien. ¡Buena! Ahora prendamos fuego a todo este farrago y...



¿Alix? ¿Qué haces tú aquí?



Yo podría haceros la misma pregunta Segabal. ¡No trates de huir, el edificio está rodeado!

¡Has caído en la trampa. ¿Dudas de mi palabra? Echo una ojeada por la ventana.



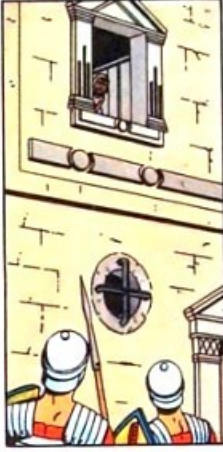
¡No tan deprisa!... Creéis que nadie os había visto entrar en esta casa.



Segabal se asoma.



¡Dioses! ¡Dice la verdad!



Os espero, sabéis bien que...

Escucha Alix: si me dejas salir de aquí serás rico. ¿Qué quieres? Oro, plata...



...o hierro?!



Nuestro amigo consigue parar el ataque.

¿Para qué luchar? ¡Estás perdido!



Para librarse de la presión de su agresor, Alix le golpea violentamente con el pie.



Viendo el camino libre, el cartaginés va a huir.



Pero nuestro amigo le atrapa de un salto...



...mientras que fuera, los soldados alertados por el ruido de la lucha, se inquietan.

¡Solo podemos intervenir si nos llama: sus órdenes son categóricas!... ¿Pero?...



De un violento empujón, Segabal acaba de enviar a su adversario rodando escaleras abajo, donde éste queda tendido, irrimado...

¡Rápido, el plano!... Me queda una alternativa



El cartaginés sujeta el preciado documento; pero en ese instante...

¡Maldición! ¡Los soldados!



¡Se nos va a escapar!

Que tres hombres le sigan. Los demás rodead la casa mientras yo me ocupo de Alix...



Y Segabal, que ya ha saltado sobre las ramas de un árbol, se deja caer al suelo.



Y cuando los guardias llegan a la ventana, éste ya ha alcanzado el fondo del jardín.



Alcanza la calle. Pero los soldados le han visto y se lanzan a perseguirlo.



¡Descended por la parra! ¡Cortadle el camino!

Durante un momento, creyendo haber despistado a sus perseguidores, el hombre se detiene para tomar aliento.



¡Uf! ¡De buena he escapado!

Pero al salir a otra callejuela, comprueba con pavor que un grupo de soldados vigilan el otro extremo...



¡Por todos los diablos! ¡Aquí hay más!

El fugitivo da media vuelta y vuelve a salir corriendo. ¡Para encontrar el camino bloqueado igualmente! Se detiene, se lanza de nuevo, se para...



El cordón de guardias se estrecha sin piedad entorno a él. Al fin, presa del pánico, se esconde en un porche.



La oscuridad le detiene un instante.



¡De quién es esa sombra! ¡Dioses, soy yo!... Y ¿Qué es este humo?

Algunos segundos más tarde, los soldados se adentran en el porche tras él.



¡Seamos prudentes! ¡Debe estar oculto en la sombra!

Bruscamente, un ruido extraño les sobresalta.



¡Qué es esto?! ¡Estad alerta!

WOOOM
WOOOM

Los soldados se adelantan para examinar los muros del pasillo, con la esperanza de descubrir una salida secreta. Es en vano. Mientras esto sucede, Alix y el centurión llegan y son puestos al corriente de la desaparición de Segabal.



...después escuchamos un ruido extraño.

¡Mirad!
¡Esta reja ha sido movida!



Esta chimenea ha sido construida para permitir la salida de los vapores de una canalización. Es por esta canalización que se evocó el agua de las termas (1). También sirve para calentar el teatro de al lado.

¡Segabal habrá escapado por allí!



¡Mirad! La chimenea se prolonga por encima de nuestras cabezas.

¡No hay un instante que perder! Bloqueemos todos los orificios de la canalización.



Mientras esto ocurre, unos cuantos pies más bajo tierra, Segabal avanza penosamente...

Aaah... ¡Qué calor!... Es sofocante. Hay que salir de aquí cuanto antes.



En la superficie, nuestros amigos siguen el trazado de la canalización.

Basta con seguir esta banda de ladrillos refractarios.



Por fin, Segabal encuentra una nueva chimenea. Se encarama hasta la reja de salida...

Estoy casi sin fuerzas...



¡Qué pesada es esta reja! Por fin se mueve.



Titubeando, deslumbrado por la luz, se pone en pie. Pero en ese momento

¡Detenede!
¡Detenede!

¡¡Alix y los soldados!!

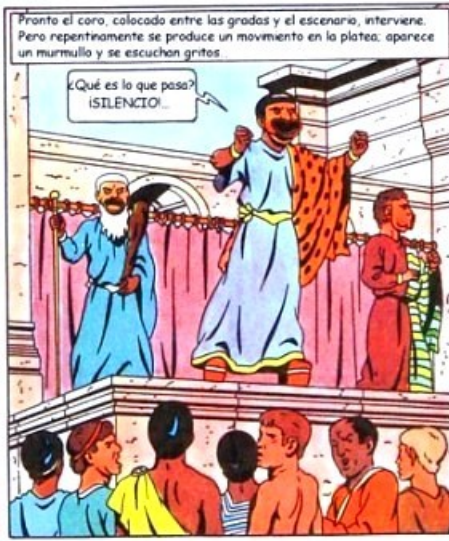


Reuniendo sus últimas fuerzas, el cartaginés se echa a correr hacia el teatro a toda prisa.

¡Si! Llego, estoy salvado!



En el teatro, a pesar de la hora matinal, se aprietan en las gradas para ver la tragedia que debe durar todo el día.



Pronto el coro, colocado entre las gradas y el escenario, interviene. Pero repentinamente se produce un movimiento en la platea, aparece un murmullo y se escuchan gritos.

¿Qué es lo que pasa?
¡SILENCIO!



¡Atrapadle!
¡Vamos a perderlo de vista!



Ricamante preparados, provistos de máscaras y calzado coturno(2), los actores interpretan la primera escena.

(1) Piscina caliente y cubierta de los Romanos.

(2) Calzado alto de suela de corcho sujeto por cintas de cuero.

Alix y los soldados entran en el recinto, apartando a su paso a los furiosos espectadores...



¡Paso!
¡Vamos, apártate!

mientras que Segabal que se ha mezclado con el coro, busca una salida.



¡Malditos soldados!

¡Peste de soldados!

Aprovechando que el desorden aumenta, rodea precipitadamente el escenario...



...para toparse con un actor que sale del sótano.



¿Qué haces aquí?
¡Sabes bien que esta entrada está prohibida al público!

Mientras, nuestros amigos se abren paso a través de la agitada multitud.



¿Qué te sienta aquí el desorden? ¿Vosotros a nosotros?

¡Masacradores! ¡Aguafiestas! ¡Fuera!

Viéndose acorralado, Segabal no lo duda.



¡Me vas a dejar pasar!

Una vez tiene vía libre, se adentra en los sótanos.



¡Aaah!
¡Me las pagarás!

Sacando un estilete de su túnica, el hombre lo lanza en dirección al fugitivo.



...que le alcanza en pleno brazo.



IAAAH!

¡Nadie me ha visto! Aunque poco importa... pero debo encontrar al fugitivo.



Al girar por un pasillo...



¡Allí está! ¡Oh!
¡Está herido!



Mientras, desde el escenario, un actor ha seguido la maniobra de Segabal. Se escabulle furtivamente.



Se apresura para sostenerle, y ayudarle a andar.

No temas, pero por Dios, camina. Unos pasos más y estarás a salvo.

Rápido, entra aquí... Oigo a los soldados.



En efecto, los romanos están al final del pasillo.



¿No hay más salidas, dices? ... entonces ha debido refugiarse en una de estas salas.

El oficial se adelanta y abre bruscamente la primera puerta.



Por orden del gobernador, ya... ¡OH? ... ¡Vaya!

¿Pero... está muerto?!... ¿Se ha dado muerte?
¿O le han asesinado? Veamos si el pergamino está junto a él.



Después de un rápido registro...



Nada. Quizás lo haya tirado durante su huida, después, viéndose acorralado en esta sala, se habrá dado muerte.

Esta explicación me parece muy plausible, vamos a ver si podemos encontrar ese documento: ¡Venid!

¿Pero... y el cuerpo?



¡No se irá solo!... Cerrad bien la puerta y seguidme. Volveremos más tarde.



Profundamente sorprendido por la repentina indiferencia de nuestro amigo, el centurión obedece, y los dos hombres salen de la sala. Las horas pasan...

Llega la noche y dos hombres se adentran en los sótanos exteriores del teatro, tomando infinitas precauciones

Todo parece normal.

¿Estás seguro? ¡Seamos prudentes!



¡Valor! Tomemos un paso decidido y salgamos, no corramos: eso despertaría sospechas.



Siempre alerta, los dos hombres atraviesan el barrio alto.



Ya está: aquí el peligro ya ha pasado.

¡Eh, detente: alguien nos sigue!

¡Tu sueñas!
No te pongas nervioso y camina.



y finalmente divisan una villa disimulada entre la espesura.

Es aquí.

No nos ha seguido nadie.



Algunos instantes más tarde, entran en una sala inmensa, donde se celebra un suntuoso festín.

¡Ah, estás aquí!
¿Pero, quién es este individuo? ¡Vamos, los invitados, retirados!



Cuando se queda solo con los dos hombres, el corpulento cartaginés observa al recién llegado.

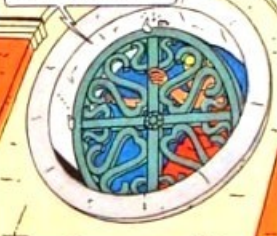
Señor, este hombre me ha salvado la vida, y gracias a una hábil estratagema ideada por él, he podido guardar el documento.



Uhm... Yo normalmente desconfío, y supongo que es por algún interés que habéis llegado aquí. ¿Podría ser que os hubieran encargado esparnos?... Si queréis salir de aquí vivos, deberéis decirme qué es lo que os ha empujado a ayudar a Segobal.



Debo retirarla si quiero ver algo. ¡OH! ¡MALDICIÓN!



Pero en ese instante, una mano impaciente, desceja el adorno de forja que tapa un tragaluz elevado.

Retirada tan bruscamente, la reja bascula y cae con estruendo sobre el embaldosado de la sala.



Al día siguiente por la tarde, en los jardines del palacio del gobernador... Flavius conversa con una visita; está muy inquieto ya que desde la persecución de Segabal la situación está aún más confusa: el cuerpo del teatro ha desaparecido; además, no hay noticias de Alix desde la noche anterior. De pronto...



¿Eh?... Ahí viene.

Señor, un capitán de barco ha traído a este niño: dice que es un amigo de Alix.



¡Qué extraño!... En fin, dámelo.

El capitán me ha rogado que os entregue este mensaje remitido por un alto dignatario egipcio.

Y después de haber leído el mensaje... Te llamas Enak y tu padre adoptivo, un mercader de Alejandría, acaba de morir, te quedas huérfano por segunda vez. ¡Pobre pequeño!... Desgraciadamente, Sénoris habría hecho mejor en tenerle cerca suyo... ¡ya que creo que no volverás a ver nunca a Alix!...



¿Por qué?... Está...

No sé nada. Desde ayer por la tarde, ha desaparecido, y no tengo noticias de él. Estoy muy inquieto.



Pero no desesperes. Quizás vuelva... Mientras esperamos su regreso, vamos a ocuparnos de ti.



Nerva, prepara un baño para este joven muchacho, y dale ropa nueva. Más tarde tomaremos las decisiones que sean necesarias.



Sin duda podré enviarle de nuevo a Alejandría en unos días... Pero, ¿qué decías tú sobre ese actor?

El grupo del teatro lo ha reclutado hace apenas unos días en el sur de la provincia. Él afirmaba haber actuado durante mucho tiempo en Atenas y en Egipto, y decía llamarse Atlis.



Mientras prosigue la conversación, el sol deja caer sus últimos rayos en el horizonte. Luego cae la noche...



Algunas horas más tarde, tras el recinto del puerto, una barca se detiene.

Perfecto: aquí el mar es profundo. ¡Vamos! ¡Hopi!

¡Aíto!
¡Retroceded sin ruido!



¡Buen viaje al reino de Neptuno, querido amigo!

¡Ven, no permancezcas más aquí!



¡Rápido Sarka, sumérgete!... Sospecho que estos bárbaros acaban de tirar a un hombre al mar.



El nadador avanza en las oscuras aguas. Con unas rápidas brazadas, llega hasta un bulto que, pesadamente lastrado, se va a pique...



Un poco más tarde, en la barca.

Embarquémosle y vámonos!

Uff... He tenido que soltarle el lastre...



El buceador sube a bordo y después la barca se aleja.

¡Por Zeus! Demasiado tarde. ¡Está muerto!...

Pronto la barca entra en el puerto.

¡Se mueve! ¡Vive!
Sarka, reanímale...

La noche pasa...
Al alba del día siguiente,
el gobernador,
cansado de velar,
se adormece;
se primeros rayos
de sol entran en la
habitación...



Un ligero ruido despierta a Flavius.

Ah, por fin Alix.
¿Estás mejor?

¡Oh, mi cabeza!
¿Qué me ha pasado?



Han intentado ahogarte,
pero cuéntame qué has hecho
en todo este tiempo.

Mira: ¿Os acordáis del crimen del teatro?
Me di cuenta inmediatamente de que se trataba de
una supercheria. Segobal se hizo el muerto y pude ver
a su cómplice tras una cortina.



Atraparlos a los dos
era muy fácil, pero
preferí dejarlos en
libertad ya que estaba
seguro de que me
conducirían hasta el
jefe de la banda.
Hice marchar a los
soldados y me aposté
cerca del teatro.



Alix acaba su relato.

Desafortunadamente, hice caer la rejilla
metálica que tapaba el tragaluz, y no tuve
tiempo de huir. Pero, ahora que pienso,
¿ellos me creen muerto a estas horas?

Sin duda.



Mientras hablan, Alix se acerca a la ventana.

No nos queda más que cercar esa
villa y... Pero, ¿quién es ese joven
muchocho? ¡Oh! ¡Vaya!



Es Enak que juega sobre el césped con un
gran perro.



Loco de alegría, Alix se precipita hacia el jardín.

¡Alix! ¡Tú, por fin!

¡Enak!
¡Mi pequeño Enak!



¿Pero cómo has llegado aquí? ¿Y Josah?

Josah ha muerto... entonces le pedi
a Sénoris que me enviara contigo...
Al principio él no quería pero cedió.



Y, ¿cómo sabía Sénoris que yo estaba en Cartago?

Él y César se comunican
con la ayuda de palomas:
así es como lo supo.



La jornada acaba... La noche siguiente,
en la alejada villa, el anfitrión charla con
Segobal y su extraño compañero...



Vuestra proposición me interesa. No comprendo esta fórmula,
pero si lo que decís es cierto, mis proyectos...



De repente, unos golpes de gong sobresaltan a los tres compinches.

¡Diablos!



¡Señor, soldados y jinetes romanos rodean la casa!

¡Diablos!... ¡Ve rápido a preparar el pasadizo!

¡Tranquilízalos! No os encontrarán; yo me encargo de despistarlos... Pero ir os inmediatamente con Segabal...

Los soldados ya han entrado en la propiedad.

Llegan a la puerta: uno de ellos la golpea...

¡Hola! ¡Abrid, en nombre del gobernador!

Pasa un minuto...

Dios, no hacen ruido: ¡Yo diría que se han marchado!

Repentinamente la puerta se abre.

Conduceme hasta tu amo.

¡Oh! Disculpame por haber hecho esperar...

Algunos instantes más tarde, Flavius es llevado hasta el obeso cartaginés.

¡Por todos los dioses! ¡Qué agradable sorpresa!... Entrad, querido amigo.

Comprenda Gálo, que mi visita os resulte poco agradable... Busco a dos hombres, y me han asegurado que estaban refugiados en tu casa. ¿Es eso cierto?

No, que yo sepa, pero... podría ser que esos individuos se hayan introducido en la casa sin que nadie los viese... Seguidme: vamos a examinar juntos el lugar.

Mientras Flavius y Gálo abandonan la estancia, un hombre disimulado tras la penumbra, se oculta tras una cortina.

Nada, Señor.

Unos tras otros, los soldados vuelven al vestíbulo.

Nada por allí, Excelencia.

Esto me tranquiliza. Gálo, me sabe mal haberos molestado, pero mi deber era no descuidar nada para encontrar a esos criminales...

Por favor Flavius... Lo comprendo perfectamente...

El gobernador y sus hombres se retiran.

Hasta la vista.
¡Que los dioses os ayuden!

¡Banda de imbéciles!... De todos modos, me gustaría saber cómo ha descubierto este maldito Flavius que Segabal y su compañero estaban escondidos aquí. ¡Eh! ¡Vosotros, desbloquead el pasadizo!

Mientras, en el piso superior, hay alguien que no pierde un detalle de los habitantes de la villa.

Tros la orden de Galo, los sirvientes desplazan el zócalo de una estatua, descubriendo una especie de pozo.

Agitemos la cuerda para hacerles una señal.



Un momento. Ahora que caigo... ¿Alguien ha visto marchar con los soldados a ese personaje que los acompañaba y que cubría su cara?



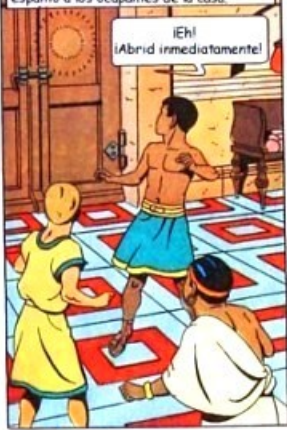
Pues no, en efecto. ¡Ha subido al piso de arriba, y luego no se le ha vuelto a ver!

¡Diosos, hay que encontrarlo!



Pero en ese instante la puerta de entrada vibra con un violento golpe que llena de espanto a los ocupantes de la casa.

¡Eh!
¡Abrid inmediatamente!



¡Por el rayo de Zeus, los romanos! Hamil, coge una lámpara y préndele fuego a las cortinas; después nos seguirás a...



Pero el misterioso individuo escondido en el piso de arriba, que no es otro que Alix, interviene.

¡Te has creído muy deprisa que ibas a salir del apuro, Galo!



Entonces, a la orden de Flavius, los soldados fuerzan la puerta.



El esclavo se apresura y prende fuego a las cortinas.



...mientras Galo desaparece en el pasadizo secreto.

¡Daos prisa! ¡Ya llegan! ¡Rápido!



Al final la puerta cede...

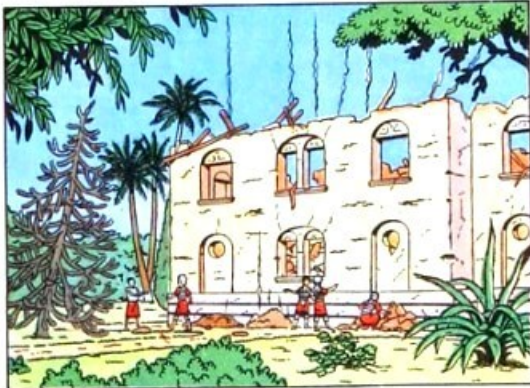


...dejando el paso libre a los soldados y a Flavius.

¡Daos prisa!
¡Han huido por este pasadizo.
¡Atrapadlos!



Desgraciadamente, apenas bajan al subterráneo, nuestros amigos son detenidos por una pesada puerta que los fugitivos han bloqueado. Después de vanos intentos de forzarla, el gobernador y sus soldados deben darse por vencidos; salen al aire libre escapando por poco al incendio que devasta la villa. Al día siguiente por la mañana, las ruinas aún humean...



Pero Alix no acepta su derrota. La llegada de Enak acompañado de su perro le ha dado una idea.

¡Estos malhechores tenían diez veces el tiempo necesario para desaparecer!... Y a pesar de este pedazo de túnica que he recuperado de entre las ruinas, Mero parece incapaz de encontrar una pista.



De pronto, el animal se detiene.

Mira Alix... Mero ha oído algo...
Está olfateando.



Bruscamente el perro sale como una flecha, tirando de su joven amo.

¡Suelta la cuerda Enak!

Imposible... Está liada en mi muñeca...
¡Para Mero, para!



No obstante, no lejos de allí, a la entrada de una gruta que sale al mar.

¡Segabal! ¡Vuelve!
Ya te he dicho que no te alejes.
¿Quieres que nos encontren?

Pero señor, busco el pergamino.
Lo debo haber perdido por aquí.

Déjalo entonces. Ese documento no es tan importante. ¿Acaso no hemos capturado a Lydas? ¡E! no habrá olvidado sus fórmulas, y nosotros sabremos obligarle a que nos las diga!

Es que el Gran Jefe nos había dado orden de traer el documento.

Bah, le diremos que lo hemos destruido... De todos modos, si nuestros enemigos lo encuentran, dudo que puedan comprender algo y de aquí.

Pero Arbaces (1) -puesto que el hombre enmascarado del teatro, el salvador de Segabal, era él- interviene.

Desconfío Gato, Alix es maligno. En cualquier caso sería imprudente permanecer demasiado tiempo aquí. ¿cuándo crees que llegará ese famoso barco?

Dentro de cuatro o cinco días como mucho. La paloma llegará hasta nuestros amigos esta tarde, pero ellos necesitan tiempo para zarpar y cubrir la distancia.

Eso es demasiado tiempo, y no doy un céntimo por nuestra piel.

De repente unos feroces ladridos, que vienen de lo alto del acantilado, les hacen levantar la vista.

¡GUAU!
¡GUAU!
¡GUAU!

Enak aparece entre las rocas en una loca carrera, conducido por el fogoso Mero.

La flecha alcanza a la pobre bestia que da un alarido y después se desploma.

Enak queda aturrido por un momento.

¡Tú, bajo rápido, si no quieres correr la misma suerte!

¡Pero, si es nuestro amigo Enak!
¡Que sorpresa! Acércate pequeño... ¡Galo aquí hay un muchacho que va a salvarnos!

Uno de los hombres tensa su arco...

¡EL PERRO!
¡Apunta al perro!

Sin embargo, sobre el acantilado, Alix llama en vano a su joven amigo.

¡ENAK! ¡ENAK!
¿Dónde estará días mio? ¡ENAK!

Estas rocas caen a pico hasta el mar... ¿Se habrá caído al agua?

De pronto, un soldado exclama.

¡OH!... ¡Vaya!

¡Alix, miral...

(1) Ver "Alix el Intrépido" y "La esfinge de oro".

Mero ve aparecer ante sus ojos, a nuestros amigos estupefactos. A pesar de su herida, el malogrado animal ha conseguido subir hasta lo alto del acantilado.

¡Dios mío! ¡Pobre Mero!...
¿Y Enak?



En la gruta, más abajo.

¿Vas a decidirte a responder?..
Alix y los soldados te siguen,
¿no es cierto? ¿Cuántos son?
¿Te han visto venir aquí?



Por cierto... ¡Eh, vosotros, bajad
el mástil y entrad el barco!
¡Sólo sirve para que nos descubran!

Algunos instantes más tarde.

Galo, ¿por qué no partimos esta noche?



¡Imposible! El lugar donde debemos
llegar está muy lejos de aquí: sólo
una gran nave puede llevarnos.
Esta barca nos servirá para alcanzar
el barco en alta mar cuando llegue
el momento...



¡Pero al final, nuestra situación se
volverá insostenible! Alix y los
soldados pueden descubrirnos de un
momento a otro, y tú dices que esa
nave no llegará antes de cuatro o
cinco días. ¡Vuestra organización
tiene grandes lagunas, querido Galo!

Mientras, Alix y los romanos
descienden por el acantilado.



¡Cuidado!
¡Haced menos ruido!

¡Alto!... ¡Mirad! La entrada de una cueva,
y marcas de paso
se esconden allí!



Sería imprudente atacarles ahora...
Se vengarían con Enak. Subamos.

¡Vitella, apostad a vuestros hombres
alrededor de esta guardia, pero que se acultra
cuidadosamente! Voy a buscar refuerzos.



Las horas pasan.
Cae la noche...

Tú tienes la culpa por maltratarlo. Ya se ve que no sabe nada...
Y además, aún es un niño.



Eso no quita que es muy
peligroso. Y nada me hará
creer que ignora cómo pudo
salir Alix del saco, la noche
en que queríamos ahogarle...

En todo caso, es necesario que
nos marchemos esta misma noche.
Carguemos el barco y partamos al
encuentro de vuestra nave. Así
tendremos al menos una oportunidad
de salir vivos. De lo contrario, si
nos quedamos aquí...



Entretanto, Alix no ha perdido el tiempo. Los refuerzos de
hombres y de armas pronto se unen a los soldados de Vitella.
Se prepara un sitio en toda regla.

Mientras, entre las ruinas de la villa incendiada,
un grupo amplía la abertura del soterráneo...



... y otro golpea la puerta que bloquea el pasadizo
secreto.



¡Unos golpes más y
la vía estará libre!

Pronto se abre una brecha, uno de los hombres pasa el brazo y retira los cerrojos.



¡Cuidado!
¡Avancemos con la mayor prudencia!



Un camino estrecho les conduce al corazón de una inmensa cueva, donde las paredes se pierden en las tinieblas.



¡Diablos, ¿Qué hacemos ahora?
¿Hacia dónde nos dirigimos?

Ve a buscar al perro herido que hemos curado esta tarde; y pide el mismo tiempo que comiencen a bajar la paja.



¡Eh, un momento...
¿Qué es esto?



Un pergamino, cubierto de signos incomprensibles. ¡Uno de esos brujos lo habrá perdido en su huida!



¡Llévatelo y házselo llegar al gobernador. ¡Quizás le interesará!



Mientras, a la entrada de la gruta, la tensión aumenta...



Este silencio es de lo más inquietante.

¡Vámonos te digo!
¿Qué arriesgamos?
¿No tenemos a Enak con nosotros?

¡Sí, no osarán atacarnos en presencia de este muchacho...
Pues bien, partamos: la oscuridad nos protegerá. Además, sería peligroso esperar más...



En esos momentos, Mero, el perro, ha sido llevado a la gruta y enseguida encuentra el camino hacia el mar.



Uhm, es estrecho.
¡Hagamos una cadena!

Pronto, pasando de mano en mano, los manojos se apilan en la cavidad.



Pero Galo ya ha dado el orden de partir, y la barca, puesta sobre unos troncos, se desliza hacia el mar.



Despacio, no hagáis ruido. ¡Enderezad el mástil!

Algunos segundos más tarde, los aliados de Alix prenden fuego a la paja amontonada. Una espesa humareda se desprende.



Pronto, nuestros amigos tapan el extremo del pasadizo que desemboca en la gran cueva.

Unas piedras más. El humo no se escapará por aquí...



Enseguida, el olor agrio del humo sorprende a Segabal, que se encuentra a la salida de la galería.

¡Diablos, humo!
¡Sálvese quien pueda.

¡No grites tanto y ven, imbécil!



¡Sin preocuparse de nada más, todos se abalanzan sobre el barco y lo empujan al mar.



¡Rápido, abordo!

¡Cuidado!

Saliedo de sus escondites, los romanos aparecen sobre el acantilado y amenazan a los fugitivos.



¡Rendíos!
¡Rindete Galo!

Arbacés agarra bruscamente a Enak por el brazo.



¿Queréis que haga daño a este niño? ¿No, verdad? Entonces, dejadnos marchar.

La barca se aleja. De pronto, una lluvia de flechas y de lanzas se abate sobre ella, muchas de ellas se clavan en el casco.



Pero, enseguida la embarcación se encuentra fuera del alcance de los tiradores.



De repente, un grito de pavor resuena en el barco!

La luz aún incierta del amanecer deja ver dos potentes trirremes que cruzan a lo lejos.

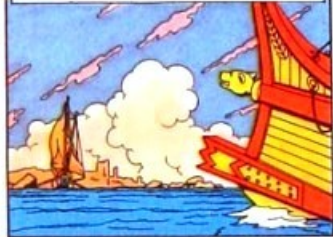


¡Por Minerva!
¡Naves romanas!

Viremos hacia esos arrecifes. Allí no nos podrán perseguir.



La barca aminora rápidamente la velocidad, y es alcanzado por la primera trirreme...



Y llega con dificultad a los arrecifes...



La barca hace agua.
¡El casco está lleno de agujeros!

Mientras que las dos trirremes rodean rápidamente los arrecifes, la embarcación se hunde cada vez más, hasta que finalmente se va a pique.



Pero, absortos por el drama que se desarrolla cerca de los arrecifes, fugitivos y perseguidores no advierten que un navío con una extraña arboladura se perfila en el horizonte...



Enseguida, el vigia de la segunda trirreme da la alarma.



¡Alerta!
¡Vela desconocida a estribor!

Presas del pánico, sus ocupantes se lanzan al mar.



En ese mismo instante, Enak jadeando, se sube a una roca...



¡Truenos! ¡Este canalla ha aprovechado para escapar! ¡Tírate al agua Segabal, y trádemelo vivo o muerto!

Pero...

Aprovechando esta ocasión inesperada, Enak se sumerge con determinación.



¡Nada de "peros"! ¡Haz lo que te digo!

Arbacés, ¿estás loco?

¿Con qué derecho das tú órdenes a uno de mis hombres?
Además, ¿por qué no vas tú mismo a buscar a Enak?
Verdaderamente, te pasas de la raya.

¡Oh!... ¡Mira ese barco!... ¡Por todos los dioses!
¡Pero si es "nuestra" nave! ¡Estamos salvados!

¡Eh, vosotros, haced señales para que nos vea!

Pero el misterioso navio está averiado; y mientras caen las primeras gotas de una pesada lluvia tempestuosa, los dos barcos romanos se alejan prudentemente.

Mientras, más arriba, Alix llega, seguido de los primeros soldados romanos.

De repente Alix ve a Enak y a Segabal.

En esos momentos, al pie del acantilado, Segabal ha localizado a Enak; el niño enseguida pierde terreno...

De repente Alix ve a Enak y a Segabal. ¡Dios mío! Le va a matar.

Con un impulso, se tira al vacío...

¡Alix!

Y, en el momento en que Segabal furioso va a lanzarse sobre Enak...

¡Tú lo has querido canalla!

un pesado cuerpo se abate sobre él, y le precipita al mar.

Después, se inicia un terrible cuerpo a cuerpo bajo el agua.

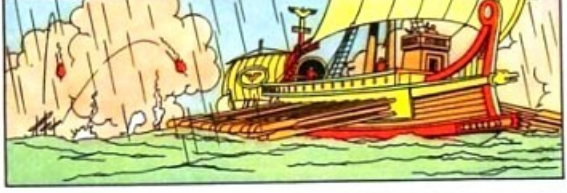
Cuando el mar se vuelve agitado, Golo y sus hombres deben resguardarse, mientras las naves romanas, con una nueva maniobra, van hacia la misteriosa embarcación.

¡Dios! Esta tempestad va a comprometerlo todo. ¡Oh! ¡Rápido, venid a ver!

De pronto, una lluvia de flechas incendiarias, que surgen del extraño navío, describen una trayectoria inesperada y llegan a cortar el camino a los barcos romanos.



El párvico se apodera de los romanos. Maniobran y se baten en retirada rápidamente.



Estando la vía libre, la gran nave se acerca lentamente a los arrecifes; después ponen una barca en el mar.



¡Nos han visto! ¡Vienen a buscarnos!
¡Vayamos hacia ellos!



No tan deprisa Arbacés. ¡Te olvidas de Segabal!
¡Es culpa haya que no esté aquí! ¡Ve a buscarle!



Pero la barca ya ha cargado a los demás naufragos. Una voz impaciente llama a Arbacés y a Galo.

¡Eh, vosotros dos!... ¿Venís?



Si embargo, a cierta distancia de allí, Segabal que sale a la superficie, intenta huir.



...pero Alix, cuyas fuerzas disminuyen, continúa aún la agotadora lucha.



Por fin, en un último impulso, nuestro amigo da un violento golpe a Segabal, que se desploma.



Y cae al agua de cabeza, para no levantarse.

Ya era hora. No puedo más.



Alix, ¿estás herido?
¡Ah, sois vosotros! Acercáos, ahora es inofensivo.



Pronto, el pequeño grupo sube hasta lo alto del acantilado, mientras a lo lejos, la misteriosa nave, gira lentamente a toda vela.



¿No parece alejarse? ¿Qué pretende con esta maniobra?



No hemos podido descender más rápido y... No tiene importancia. ¡Ocupáos de él y vayámonos!



En efecto, cuando el sol reaparece bruscamente, la potente nave se detiene de nuevo.



De pronto, Alix da una orden.

¡Escondéds!... ¡Cuidado!

Tocado de lleno por esa lanza de fuego, uno de los soldados perece.

Nuestros amigos, aterrorizados, no se atreven a moverse, la misteriosa nave, rodeando la costa, la barre con sus mortales haces de luz.

Un rayo insoportable y brillante alcanza el acantilado en el lugar por donde pasa el pequeño grupo.

¡Desdichado!... ¡Protegeós los ojos!

Pero bruscamente el sol desaparece y, en ese mismo instante, los rayos se extinguén.

¡Anda! Esos haces de luz utilizan los rayos del sol.

Unos instantes después, Alix echa un vistazo.

Podéis salir. La nave está ya lejos...

Pronto, el velero desconocido desaparece en el horizonte. Nuestros amigos esperan un tiempo todavía, y después, más tranquilos, reemprenden el camino a la ciudad. Pasa el tiempo... Dos días más tarde, todo Cartago sabe que el rico Galo es el responsable de los trágicos acontecimientos que han puesto de luto la ciudad. La primera efervescencia apenas se ha calmado, y unos misteriosos preparativos en el puerto, despiertan de nuevo la curiosidad.

¡Circulad! ¡Aquí no hacéis nada!

¿Qué sucede? ¿Has visto algo?

No, nada... Es imposible burlar la vigilancia de estos guardias.

A cubierto de todas las miradas, más obreros se reportan a bordo de una nave en el muelle.

Entonces, maestro Julius, ¿habréis acabado a tiempo?

Eso espero Señor. Hacemos todo lo posible.

Entretanto, en el palacio del gobernador, Segabal es interrogado.

En resumen: dices que Galo dirige aquí un pequeño grupo de espías dispuesto a intervenir en el momento oportuno, bajo la orden de un jefe del cual ignoras el nombre, y que gobierna en una isla situada al oeste de las "Columnas de Hércules" (1). ¿Es así?

Sí. Yo no sé nada más. Galo no me lo decía todo, yo no era más que un ayudante.

Veamos Segabal, no nos tomes por incautos: tú eras la mano derecha de Galo. No olvides que está en juego tu cabeza en este momento.

¿Cuáles?

Por ejemplo, nuestros magos han puesto a punto nuevos ingenios de tiro a larga distancia, navios que se mueven sin remos ni vela, una máquina que funciona con agua y fuego, un líquido que arde y que explota, espejos solares más potentes que los de Arquímedes...

Lydas conocía el secreto de estos prodigios; esta es la razón por la que lo hemos raptado. Queríamos servirnos de él en la isla...

¡Y para colmo, ese maldito Arbacés va a ir hasta allí, con la fórmula del polvo explosivo (2)!... Ya que supongo que la tiene, ¿no es cierto?

Sí, posee una fórmula mágica que nos mostró en casa de Galo.

Os aseguro que digo la verdad... Yo tenía solamente la misión de vigilar al mago Lydas, discípulo del sabio siciliano Arquímedes. Él había perfeccionado cantidad de descubrimientos que se desconocen. Sólo están al corriente de estas cosas los magos y los sabios de nuestra isla, que han conseguido explotar aún más estos extraordinarios descubrimientos.

¿Sabes al menos dónde se encuentra exactamente esa isla? O sea que...

¡Señor! ¡Señor! ¡Ha desaparecido!



¿Quién ha desaparecido? Enak. No le hemos vuelto a ver desde esta mañana. Así que he creído que mi deber era



Has hecho bien en venir a advertirme. ¿Has enviado sirvientes a buscarle?

Si... Acaban de volver con las manos vacías.



¡Tranquilízate Alix! ¡Voy a dar orden a mis soldados de registrar la ciudad de arriba abajo! ¡Seguro que lo habremos encontrado antes de esta noche!



¡En cuanto a ti Segobal, trata de recordar donde se encuentra esa isla! Tú nos servirás de guía. ¡Pero ten cuidado!... ¡Tu vida depende de tu lealtad!



¡Confía en mí Alix, ve a prepararte!

Bien. Os esperaré en el barco.



Algunos instantes más tarde, precediendo a un convoy de equipajes, Alix pasa los límites del dique.



Se aproxima a una nave, a bordo de la cual todavía trabajan los obreros.



Hemos seguido tus instrucciones. Todo el casco ha sido reforzado y hemos apuntalado los mástiles.

¡Perfecto! ¿Habéis visto a Enak esta tarde?



¡Alix, por fin! ¡Ven a examinar el estado de los trabajos!



Si. Estuvo aquí hasta hace una hora y después se fue sin decirme dónde.

¡Es curioso!



Al caer la noche, el movimiento aumenta a bordo de la nave. Los obreros han dado paso a soldados y remeros.



Alix, que se ha retirado a su camarote, estudia los pergaminos de Lydas y algunas cartas náuticas bastante dibujadas, cuando

¡Es la hora!



Lamento no haber podido traerte a Enak, pero estate tranquilo, le encontraremos y, en tu ausencia, velaré por él como si fuera mi hijo.

Gracias Flavius. ¡Sois muy bondadosos!... ¡Hasta pronto!



¡Y vigila a Segabal! ¡No le quitaré ojo!



Lentamente, el gran navío se desliza a lo largo del muelle. Pero, bruscamente.

¡No!... ¡Dejadme!... ¡¡DEJADME!!



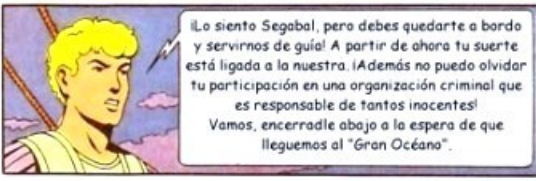
Preso del pánico, Segobal intenta saltar al muelle.

Dejadme. No quiero volver a la isla. ¡Prefiero morir!...



Pero es rápidamente reducido.

Alix, déjame aquí. ¡Me matarán cuando sepan que he hablado!



¡Lo siento Segobal, pero debes quedarte a bordo y servirnos de guía! A partir de ahora tu suerte está ligada a la nuestra. ¡Además no puedo olvidar tu participación en una organización criminal que es responsable de tantos inocentes! Vamos, encerradlos abajo a la espera de que lleguemos al "Gran Océano".



Un instante más tarde, Segobal es encerrado en un calabozo, en la parte trasera de la nave

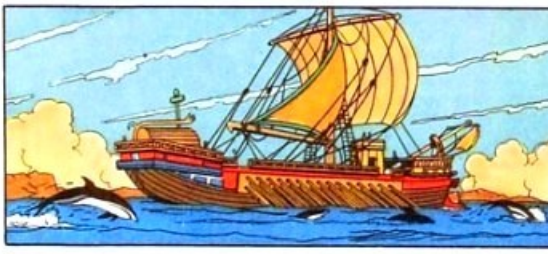
¡Esto es para que comas! ¡Raciona el agua que hay en la vasija, no tenemos mucho!



...Mientras Flavius contempla el barco que se difumina en la noche.

¿Hacia qué aventuras estarán navegando?...

¡Roguemus a los dioses para que regresen!



Lentamente la nave bordea las costas africanas; durante más de una semana, el tiempo es radiante, y el mar es una balsa de aceite. Pero pronto, las "Columnas de Hércules" aparecen en el horizonte. ¡Son los límites del mundo conocido!



Después, el barco se adentra audazmente en el inmenso océano de aguas tumultuosas y frías y pone proa hacia el Oeste... Sin embargo, desde la partida, nuestro amigo parece cada vez más preocupado.



Tranquilízate Alix, Flavius ha asegurado que encontrará a Enak.

¡Quizá tengas razón!... ¡Yo he tenido la culpa al no permitirle que nos acompañara! ¡Su fuga debe haber sido dictada por su decepción!... ¡Pero ve a buscar a Segobal, vamos a necesitarle!



El centurión Vitella atraviesa las filas de remeros frente a las cuales el cómitre (1) golpea los tambores con codencia.



Después llega a la bodega y levanta la trampilla del calabozo.

Eh, Segobal, voy a bajar la escalera. ¡SEGABAL!... Diablos, ¿dónde está?



Inquieto, Vitella baja a la bodega contigua al calabozo, donde reina una profunda oscuridad.



Bordeando a tientas la pared de la prisión, descubre un gran agujero en la madera.

¡Estaba seguro!



Pero sus ojos, desacostumbrados a las tinieblas, no distinguen una sombra amenazante que surge bruscamente.

(1) Encargado de dirigir la maniobra en las galeras.

Antes de que pueda presentar el peligro, el desdichado Vitella es abatido de un violento golpe en la cabeza.



Inquieto, Segabal se vuelve.

«¿No hay nadie? No, todo va bien!»



Rápidamente, despoja al romano de su armadura y se la pone; después, habiendo atado al infortunado, sale de la bodega.

«¡Un casco! ¡Qué sorpresa!»



Aunque el casco sea demasiado pequeño, Segabal se lo coloca. Entonces, ocultando su cara con la mano, se dirige al puente de los remeros.

Alo: «Dejad los remos. Las velas sufrirán. Descansa.»



Alegres por la maniobra, los remeros se dispersan, mientras que...



«el traidor cruza la nave con paso firme.»

«¡Eh, Vitella!... ¿Dónde vas así?»



Jugádselo todo, Segabal dice unas palabras a un romano próximo a él.

Dile a tu jefe que tengo dolor de muelas, y que me voy a dormir.



El mensaje es transmitido inmediatamente. Pero Alix no quita los ojos del personaje que se aleja. Y de repente...

Pero, truenos. Esa piel bronceada, ese casco. ¡Ese no es Vitella!»



Hay que darse prisa. ¿Dónde está la reserva de agua potable? Ah, aquí está.



A grandes espadazos, con rabia, el miserable raja una a una las odres de piel de cabra.



Sin embargo, al llegar al extremo del puente, Segabal entra en la bodega y cierra la puerta tras él.



De pronto, dos brazos nerviosos le rodean y medio le estrangulan.



El bandido trata de librarse. Se gira sobre su asaltante, pero eso le hace caer.



En el mismo instante, la puerta, que los hombres intentan derribar desde hace poco con la ayuda de un madero, se hace pedazos.



«¡Por todos los dioses! ¡EL AGUA! ¡Ah, bribón!»

«¿Dónde está? ¡Ríndete canalla!»



Uno de los romanos tensa su arco y a pesar de los gritos de Alix, tira una flecha.

«¡Detente desgraciado!»



«¡AAAH!»

Tocado en pleno cuello, Segabal se desploma a los pies de su adversario, que tiembla de miedo.



Después de esto, viendo a Alix, se lanza a sus brazos.



¡Enak!
¿Qué haces aquí?

¡El quería matarme!
¡Oh, tenía miedo!

Transportan al moribundo al camarote, donde un médico intenta reanimarle en vano.



Se acabó. He hecho todo lo que he podido, pero su herida era muy grave. Le he oído murmurar dos veces: "La tercera... más grande". Sin duda deliraba.



Probablemente.

Envuelto en una sábana, el cuerpo de Segabal es sumergido. Los hombres se sobrecogen un instante, después, cada uno vuelve a su puesto.



El resultado de todo esto es que hemos perdido a nuestro guía, y una buena parte del agua potable... No es muy alentador.



Ve a hablarle a la tripulación Vitello, y trata de reconfortarla. ¡Por mi parte, tengo que decirle dos palabras a este diablillo!



¡Entendido Alix!

Entonces, valiente, ¿quieres explicarme que hacías en la bodega?



Es simple: como tú no querías que te acompañara en esta expedición, me escondí bajo las velas. Nadie me vio. En la bodega, encontré comida y bebida.

Y entretanto, Flavius te está buscando en Cartago.



Yo no quería abandonarte Alix, y esta era la única manera de venir contigo.



¡Tienes idea de los peligros de nuestra empresa: eres tan joven!... En fin, sea: te perdono. ¡Gracias a tu presencia en la bodega, hemos podido salvar la mitad de nuestras provisiones de agua! Eres un valiente pequeño...



Los días pasan. El calor empieza a ser tórrido. Un sol de plomo pesa sobre el océano. La tripulación está abrumada.



¡Que miseria! No avanzamos cada día más que unas docenas de leguas, que nuestros remeros recuperan a duras penas durante la noche.



En efecto, el navío no avanza más que por la noche, guiándose por las estrellas. Los hombres reman penosamente, atormentados por la sed. Y a pesar de las restricciones, las reservas de agua se agotan de forma dramática.

El calor es cada vez más sofocante. Sólo los vigías están alerta, mientras la tripulación ogotada descansa...



¡Esto se vuelve insostenible!

Deberíamos dar media vuelta. ¡Apenas nos queda agua para regresar hasta las columnas de Hércules!



¡Anda! ¿Pero qué es eso?... Mira allí, en el horizonte.

Una línea de nubes acaba de aparecer en el horizonte. Se acerca al navío con una velocidad vertiginosa. El océano bruscamente se agita, el cielo se oscurece.



Los hombres que, aturdidos por el calor, yacen en el entrepuente, se incorporan.

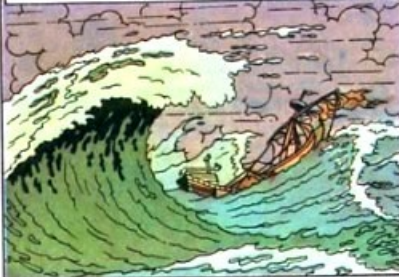


¡Alerta!
¡Algo sucede!

Pero la furia y la fuerza del huracán obligan pronto a los marinos a buscar refugio en el interior del navío. Muchos de ellos, desgraciadamente, no han tenido tiempo de resguardarse.



El océano se llena de olas gigantes que parecen que van a destruir al desafortunado barco.



Llueven las órdenes.
¡UN CICLÓN! ¡Bloquead inmediatamente los orificios!



Los hombres bajan los postigos de las aberturas por donde se pasan los remos. Fijan los paneles para cerrar la bodega.



Trombas de agua se abaten sobre el puente, arrastrando con ellas todo lo que encuentran.



mientras que sobre el puente, otros se esfuerzan en afirmar los cabos.



y engullen a los desafortunados marinos, cuyos gritos se pierden en el formidable estruendo de la tempestad.



De repente, una tromba más gigantesca aún que las anteriores arremete contra el navío.

Una gran masa de agua se abate sobre la puerta del camarote, que salta en pedazos.



Llevado, sacudido por el torbellino, la nave se agrieta por todas partes. El mástil, las velas, los paneles enteros son arrancados.



Después, el huracán destruye el desdichado barco a una velocidad increíble.



¡Dame la mano Enaki! ¡ENAKI!

De nuevo, una ola enorme se abate sobre el puente. Rompe la cabina y causa una brecha en la proa. Un segundo más tarde, uno de los supervivientes lanza un grito con voz horrorizada.



¡Mirad! ¡Esta vez es el fin!

Arrostrado por el huracán con una fuerza inaudita, el navio se dirige directo hacia una hilera de escarpados acantilados.



Alix y Vitella, ocupados en sujetar a Enak, no ven el terrible peligro que les amenaza.



¡Vamos, agárrate a mí!

Los desdichados se aferran los unos a los otros, luchando por ganar la proa del navio.



Si pudiéramos alcanzar la torreta...

Por suerte, el ciclón rola de repente y se lleva los restos de la nave lejos de los acantilados, empujándolos en medio de un bosque de palmeras medio sumergidas y curvadas por la tempestad.



Durante algunos instantes todavía, los restos del barco, empujados por el huracán, avanzan entre los árboles que se tuercen.



Pero de pronto un choque más violento rompe el maltruchado casco y proyecta a nuestros amigos contra la torre.



después, el navio se detiene.



¡Mira!
¡Nos hemos detenido!

La torriente en efecto se encuentra bloqueada por un maziizo de palmeras; el viento y las olas que la hostigan no consiguen hacerla mover más.



¿Dónde diablos estamos?...

Durante dos horas, la nave queda incrustada en su prisión vegetal... Después, el ciclón pasa; las aguas poco a poco se retiran, dejando ver tras ellas inmensos estragos... Al final, el día se levanta sobre un paisaje a la vez grandioso y lamentable que parece inhabitado.



Sin embargo, en lo alto de una roca, una silueta inmóvil aparece como un pequeño punto en el bosque devastado. Pero nuestros amigos no pueden ver a este personaje; además tienen hambre y frío; su primera preocupación es buscar algo de comida y un refugio...

Los naufragos se reparten en cuatro grupos; algunos hombres se quedarán cerca de los restos del barco con Vitella, mientras que otros harán un reconocimiento.



Alix y Enak escuchan el ruido de una cascada, y se llevan sus odres.



De repente, Enak se detiene y da un grito.



¡ALIX!



Nuestro amigo se vuelve... ¡Desgraciadamente, es muy tarde ya! La fiera salta.

Con un rápido reflejo, Alix se echa al suelo evitando el choque. Sólo una de las patas de la fiera le alcanza pero las garras resbalan en el hierro de la armadura.



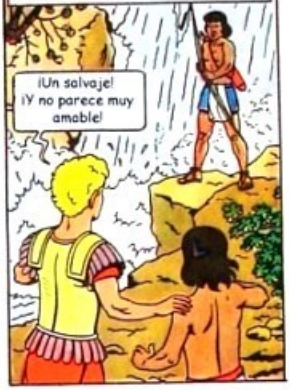
Nuestro amigo se levanta rápidamente y extiende el odre ante él para parar un nuevo ataque del leopardo que se agazapa.



Pero en el instante en que el animal de una estrada brusca se abalanza sobre Alix, un proyectil le golpea en pleno cuello, cortando su impulso.



Enak se precipita emocionado hacia Alix, cuando ambos descubren una silueta alta...



¡Un salvaje!
¡Y no parece muy amable!

...y bajo los ojos atónitos de nuestro amigo, la bestia se desequilibra y cae al agua del torrente.

El desconocido se acerca con el arco tensado, Alix se apresura a agradecerle, pero la expresión del hombre es reticente.



¿Qué querrá?

Con la punta de su flecha, el salvaje le indica una dirección y les hace una señal de avanzar.



Camina Enak...
No podemos hacer nada más.

Durante mucho rato, el pequeño grupo camina en silencio, atravesando sitios agrestes, bordeando desfiladeros.



Finalmente, llegan hasta una pendiente abrupta que descienden en fila india.



...para llegar a una estrecha galería entre las rocas.

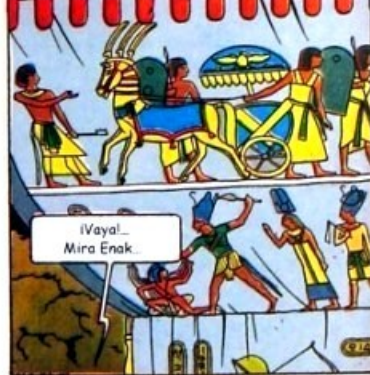


¿Dónde nos lleva?

Bruscamente, el corredor se ensancha, desembocando en una inmensa gruta ricamente decorada, al fondo de la cual nuestros amigos ven a un personaje sentado en una posición hierática.



Mientras avanza, Alix contempla los motivos que decoran el baldaquín.



¡Vaya!
Mira Enak...

Después llega a los pies del misterioso personaje, Alix da una exclamación de sorpresa.



¡Estoy confundido!

Entretanto, Vitella se inquieta: hace mucho tiempo ya que todos sus hombres se han vuelto a reunir. Sólo Alix y Enak no contestan a la llamada.



¡ALIX!... ¡ENAK!...

Les debe haber pasado algo...

¡Calla! ¡Escucha!...
¿No oyes algo?



Anda. Diría que hombres caminando
O animales salvajes. ¡Pronto, regresemos
a la nave! Pongámonos a salvo.



Los dos hombres se apresuran. Pero poco habituados a andar
por la jungla, no tardan en ser alcanzados.



Eh, aquí ¡Vitelá! ¡Curus! Detenéos.
¡Estoy con estos amigos egipcios!
¡Alix me ha enviado a buscarlos!

«Egipcios! ¿Aquí?!... ¡Vamos, es imposible!..
¿Y por qué Alix no está contigo?»

Porque está parlamentando con su jefe.
Acompañadnos sin temor, esta gente no
nos harán daño... Y os aseguro que son
auténticos egipcios: hablan mi lengua.



Nuestros amigos han
dado, en efecto, con
una isla del Atlántico
donde vive un pueblo
descendiente del
egipcio, que ha
conservado las
costumbres y los
modos de sus
ancestros.
Después de haber
interrogado a Alix
durante tiempo, el
monarca,
convencido de las
intenciones honestas
de los ndufragos,
hace a nuestro amigo
los honores de su
reino.

¡Sí, lo comprendo!.. No esperábais encontrar
a miles de leguas de Alejandria, egipcios
establecidos en una isla del Atlántico.
Fue la migración de los pueblos hacia el oeste
la que nos condujo hasta aquí y esta isla no
es más que un jalón de la ruta que va de la
India al "Gran continente de los Mares"(1)



«Pero cómo pudieron vuestras
ancestras llegar a esta isla?
Ciertamente, su ciencia era grande,
pero, ¿y su marina?»



Nuestra migración
no se ha hecho en
una sola vez.

Durante muchos siglos, los egipcios
han sido competidores y enemigos de
los fenicios. Hábiles comerciantes,
excelente marinos, éstos últimos han
dominado el Mediterráneo y sus
costas, mientras que nosotros
ocupamos el interior de África,
pero nos cruzamos en la conquista del
Atlántico, en este mismo archipiélago.

El pequeño grupo desembarca de pronto en un círculo
rodeado de paredes altas y abruptas.



Este fue, y es aún nuestro drama..
He aquí lo que queda de nuestro
pueblo que fue tan poderoso: unos
cuantos desgraciados condenados
a vivir encerrados en cuevas y
siempre en estado de alerta.

Se aproximan a una abertura cavada
en la roca, el rey hace una señal a Alix..

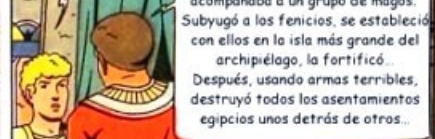


Entre. Aquí está mi palacio que
no es muy confortable.

«Por qué vivís en esta perpetua
ansiedad? ¿Por qué os escondéis
en estas cuevas?»

A causa de los Fenicios.. Hace ya
mucho tiempo, los egipcios y los
fenicios desembarcaron al mismo
tiempo en este archipiélago: se
entabló una lucha feroz entre ellos
y nosotros. Más comerciantes que
guerreros, los fenicios iban a
perder la partida, cuando apareció
"el Hombre Negro".

«¿El hombre negro?»



Si. Un hombre vestido de negro, que
acompañaba a un grupo de magos.
Subyugó a los fenicios, se estableció
con ellos en la isla más grande del
archipiélago, la fortificó.
Después, usando armas terribles,
destruyó todos los asentamientos
egipcios unos detrás de otros..

Pero en el interior, las mujeres
se rien al ver a nuestro amigo.



Perdónalas.. Ellas no han visto
nunca un hombre rubio como tú.



Nuestra soberbia y floreciente ciudad
fue arrasada y sus habitantes fueron
exterminados. Sólo algunos de ellos
llegaron a salvarse y se refugiaron en
estas grutas. Si nuestros enemigos
supieran que estamos aquí, vendrían a
masacrar hasta el último de nosotros.
Esta es la razón por la que vivimos así.

¡Es inaudito!

Mientras tanto, precedidos por Enak y los egipcios, los ndufragos marchan hacia las cuevas.



«¡Qué curioso camino emprenden!.. ¿Y por qué estos
indígenas han disimulado los restos de nuestro barco bajo
un montón de ramas?»

Súbitamente, el guía se
detiene con la cara ansiosa.



¡Peligro! Rápido,
entrad todos aquí!..

Desde lo alto de las rocas resuena un grito de
animal, perfectamente imitado, replicado
también por otro vigilante.
Y, de eco en eco, la misteriosa señal se repite.



(1) América

A la señal, los habitantes de la isla corren a las cavernas para esconderse.



Los guerreros destruyen las entradas a las cavernas con la ayuda de bloques de roca...

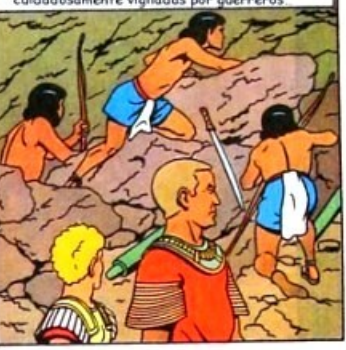


mientras el jefe Hatmés explica a Alix lo que pasa.

Hay naves enemigas a la vista. Todo rastro de vida humana debe desaparecer de la isla. ¡Sígueme!



Los dos hombres van por corredores subterráneos, donde las salidas son cuidadosamente vigiladas por guerreros.



En el exterior, el círculo rocoso ahora está completamente desierto. Nada podría hacer suponer la vida que lo animaba hace apenas unos instantes.



Desde el interior de muchas de las anfractuosidades, ojos vigilantes observan.



Sólo los animales salvajes van y vienen sobre las rocas.

Hatmés lleva a Alix ascendiendo por una larga y oscura galería...



¿Está muy lejos? No veo nada.

Ya estamos. He hecho excavar esta galería y esta abertura, para poder vigilar desde lo alto, los movimientos del enemigo sin ser visto.



Desgraciadamente, vengo muy a menudo.

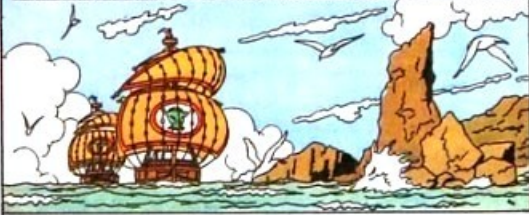


¿Las incursiones de los fenicios son tan frecuentes?



Sí, ya que su isla es pobre en caza, y vienen aquí regularmente para cazar...

En efecto, dos pesados barcos, desprovistos de remeros, avanzan hacia la isla.



Ya están aquí... Se detienen... Ponen botes en el agua.



¡Dios mío! Ahora que pienso... ¡Enak y los hombres que fueron a buscar a Vitella no han vuelto!

La primera barca ya llega a la costa, y sus ocupantes saltan a tierra.



No perdáis tiempo; hay que llenar las barcas antes de que el sol llegue a su zénit...



En esos momentos, donde Vitella y sus compañeros se han refugiado...



¿Vamos a estar mucho tiempo aquí?
¡Silencio!

De pronto el guardia egipcio, que está apostado en la entrada del pasadizo exclama...



¡Oh!

Ha visto las marcas dejadas por el grupo en el sendero.



Toma mis armas un momento. Voy a borrar las huellas.



El hombre sale fuera, arranca un matorral, y se dispone a borrar el comprometedor rastro...



De golpe, un animal herido sale de un arbusto: en unos saltos, desciende.



...y choca con el hombre, que no ha tenido tiempo de apartarse.

Ambos ruedan por tierra. En el momento en que el egipcio va a levantarse, aparece un grupo de cazadores fenicios.



Vitella, que se ha acercado a la entrada de la galería, juzga la situación de un vistazo...



Son cuatro... Preparados: a mi señal atacaréis...

Los cazadores que acaban de descubrir al egipcio, se lanzan sobre él.

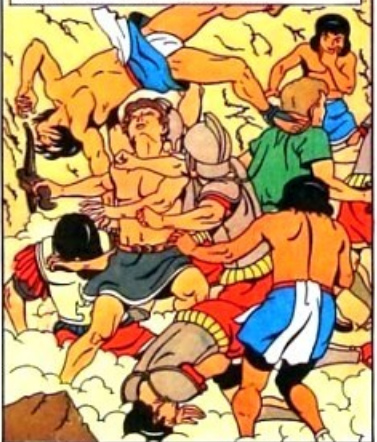


¿¡Un hombre aquí?!...
¡No le matéis!
Nos lo llevaremos...

Bruscamente, Vitella y sus compañeros surgen de la grieta y caen sobre los fenicios a brazo partido.



Comienza un salvaje cuerpo a cuerpo. Pero los egipcios tienen ventaja en número.



...y pronto Vitella y sus amigos se adueñan de la situación.



¡Por todos los dioses, que masacre! No tenemos elección. Ahora hay que hacer desaparecer los restos de la lucha, puesto que pueden venir otros cazadores.

Las horas transcurren... Al atardecer, las barcas fenicias, cargadas de caza, abandonan la isla, una tras otra. Al final no queda más que una: pero a pesar de las reiteradas llamadas, los rezagados no aparecen. El jefe se impacienta.



De repente, dos soldados corren y gesticulan...



¡Eh! ¡Esperad! ¡No os vayáis!

«¿Qué sucede? ¿Por qué llegáis tan tarde?»

Hemos descubierto los restos de un barco en el lado septentrional de la isla. Una nave extranjera: el ciclón de ayer la habrá dejado allí.

Habrà que dilucidar este misterio: pero hoy ya es muy tarde por tentador que sea. Embarcad: de regreso advertiremos al jefe.

¿Y los demás? ¡Vosotros érais seis!

Perseguían una presa... No sé qué ha sido de ellos. Quizá han sido atacados por un grupo de fieras...

¡Ah, del botel!

¡Ya llegamos!

¡Diables! ¿Y sus ocupantes?»

No había ningún ser vivo a bordo... En la bodega, hemos encontrado dos ahogados entre medio de víveres y armas.

Cuatro hombres desaparecidos y unos restos de naufragio misteriosos... Son muchas acontecimientos para un solo día!

Las horas pasan... Los barcos fenicios hace mucho que se han perdido de vista... Una actividad intensa anima ahora la zona rocosa. A la luz de las antorchas, los habitantes transportan todo lo que poseen...

...al interior de una gran caverna. Luego, en el fondo de la gruta de más abajo, apilan desordenadamente sus estatuas, sus joyas, sus muebles...

Al final, encima de la fosa, los hombres disponen una hilera de maderos...

Al tiempo que, apostados en las alturas, los guerreros escrutan la noche...

...que recubren enseguida de tierra y piedras, disimulando así el escondrijo.

Hay que taponar la entrada de la caverna y después apagar las antorchas y enterrarlas.

Pero Vitella, que al llegar a las rocas con los cuerpos de los fenicios y sus armas, ha provocado una gran ansiedad, habla con Hatmés.

Debíamos elegir: o dejar que atraparan a vuestro hombre, o exterminar a los cuatro fenicios. La última solución nos permitía ganar algo de tiempo.

Evidentemente. Pero la desaparición de sus cazadores alertará a los fenicios. Volverán a buscarles y nos descubrirán, a menos que consigamos escondernos sin dejar rastro...

¡Lo cual no es muy probable!

«Entonces, ¿qué proponéis?... Después de todo, vosotros en parte sois la causa de lo que ocurre... ¡Así que encontrad el medio de sacarnos de ésto!

La situación es grave, lo reconozco. Pero no creo que encerrarse en estas cavernas y esperar que no nos descubran sea la mejor solución.

Exasperado, Hatmés se vuelve hacia Alix que, en silencio, examina las armas de los fenicios muertos.

Y tú Alix, ¿qué piensas? No dices nada... Uno charlatán y el otro parece indiferente.

Os equivocáis Hatmés... Tengo una idea; pero será necesario valorarla bien antes de realizarla, y darse prisa.

«¿De qué se trata?»

Contra la fuerza emplearemos un truco. Voy a ir con Vitella y sus hombres a la isla que ocupan vuestros enemigos... ¡La partida será difícil de jugar, pero creo que es nuestra única oportunidad de salvación!



Nos harán falta dos barcos. Supongo que tenéis alguna, escondida en el fondo de alguna gruta...



¡Sí, pero en mal estado!

Poco importa. Durante varios días, vuestra tribu deberá estar escondida. No dejéis ni un solo rastro de vuestra existencia. Reforzad las medidas de seguridad que habéis tomado. Entre tanto, nosotros actuaremos...



Y tú, Vitella, serás el encargado de la misión más delicada: luego te la explicaré. En cuanto a vos, Hatmés, una vez pase la alerta, si todo va bien, equiparéis a vuestros guerreros con armas idénticas a las que hemos cogido a los fenicios; pero haréis que pinten un pequeño círculo blanco en la espalda de cada armadura...

Algunas horas más tarde, las dos barcas están listas para salir. Alíx da sus últimas recomendaciones a Hatmés...



¡A la señal convenida, actuad sin demora!

¡Cuenta conmigo!

Y la pequeña expedición se aleja...



¡Hasta pronto... esperad!

Durante un tiempo, las embarcaciones navegan juntas, después...



Aquí está la segunda isla Vitella. Sepárennos, la tercera pronto estará a la vista.

¡Hasta la vista... y a por el Hombre Negro!

La primera barca avanza hacia el Oeste, cuando repentinamente sus ocupantes ven surgir de la bruma matinal un mazo montañoso.



¡Allí está!

La embarcación se aproxima a la orilla. Bruscamente, en la punta norte de la isla, aparecen dos grandes barcos...



¡Allí, unas naves!

Vamos a atravesarnos en su ruta... ¿Habéis entendido bien vuestro papel? Tragadós la lengua antes de decir lo que sabéis... Atención: perforemos el fondo de la barca.



El vigia del primer barco ve a nuestros amigos...



¡Bote a babor!

Intrigados, los oficiales se acercan a la proa...



¿De dónde salen esos?

¡Nos hacen señales!... ¡Detened la nave!



Y, mientras el bote se hunde, Vitella y sus compañeros suben a bordo...

¿Sois vos el capitán? Deprisa, dad media vuelta... ¡Tengo un mensaje para el "jefe"!



Pero el individuo da una sonora carcajada...



¡Silencio!... ¡Imbécil!

¡JAI JAI JAI JAI!

¿Cómo? Osas insultarme... ¡Me las vas a pagar, perro!

Cálmate. Mi misión es urgente, y tú te juegas la cabeza si no me obedeces enseguida.

Pero nadie ha visto al "jefe"... Y nadie me ha dicho.

Lo sé. He llegado más pronto de lo que esperaba; pero esa no es una razón para que falle tan cerca del objetivo, por culpa de la cabezonería de un subordinado...

Desconcertado por el aplomo de Vitella, el capitán lo toma por un dignatario secreto y se retira para dar órdenes.

¡Vamos, daos prisa!

La decisión de dar media vuelta se transmite al segundo navio, y ambos maniobran para regresar a la isla. Sin embargo, el humo que parece salir de la popa, y las vibraciones que lo sacuden, no dejan de intrigar a nuestros amigos...



La primera parte se ha conseguido! Pero no perdamos tiempo, aquí tenemos muchas cosas de las que enterarnos...



Vamos capitán, reconciliémonos. Tengo interés en que nos entendamos y vos me caéis simpático... Dejadme visitar vuestro barco.



Vayamos a babor, allí donde sale ese humo...

Es que... Yo no puedo...



Es el mismo jefe el que me ha encargado una inspección.



El pequeño grupo llega al entrepuente, entre el ruido ensordecedor de extrañas máquinas en funcionamiento.

Como ya sabéis, esta es la máquina que produce el movimiento. Durante años, nuestros físicos han perfeccionado los trabajos del sabio Arquímedes para llegar a construir este mecanismo utilizando vapor de agua.



¡Sí, sí, desde luego!

Gracias a ella, no necesitamos remeros y nuestros barcos navegan más rápido. Además, nuestros inventos nos dan una ventaja considerable sobre los demás pueblos, y este es el motivo por el que queremos dominarlos. Mirad: el vapor entra en esos cilindros y ejerce una presión sobre una pieza que acciona esos ejes.



¿Y de qué forma funciona exactamente?

Mirad por esta escotilla. Un tornillo sinfin, muy corto, fijado en el exterior al final de este eje, hace avanzar el barco. Al girar, provoca esa estela... ¿Interesante, verdad?



Al mismo tiempo, en el otro extremo de la gran isla, la barca de Alix se acerca prudentemente a la orilla...



Esta cala parece desierta... Enak, encárgate de los viveres. Curius buscará un lugar donde ocultar la barca.



Pero apenas han tomado tierra, una voz resuena...



Acercóds... ¿Qué venís a hacer aquí?
¿Quiénes sois?

¡Somos amigos!

¡No os conozco!...
¡Sois espías!

Veamos, calmaos. Pensad que si
desembarcamos aquí, es para no ser vistos.

¡Diablos!
¿No podíais haberlo dicho antes?...
¡Eh, Gopal! ¡Ven! ¡Son amigos!

¿Pero
por qué?

Tenemos una cuenta pendiente con algunos
habitantes de esta isla... Es cierto que la
tentativa es arriesgada, pero...

Un segundo individuo, tan hirsuto como
el primero, aparece.

Ajá,
¿Cuántos sois?

Dos aquí, y cinco en total... Quiero confiar en vosotros: parecéis
sinceros. Además, lo veremos en su momento: lo que más prisa corre
ahora, es ocultar vuestra barca...

Transportémosla hacia esa grieta,
después la cubriremos de piedras...
¡Habéis tenido suerte de no topár con una patrulla!

Pronto, los nuevos
amigos se adentran
en el interior de la
isla.
Por ambas partes,
se alegran de haber
encontrado nuevos
aliados...

Un poco más tarde...

He comprendido
enseguida, que vosotros
eráis antiguos soldados
del Hombre Negro,
que ahora lucháis contra él!

¡Exacto! ¡Y por mi parte, yo he visto
enseguida, a pesar de vuestro
disfraz, que vosotros sois tan
fenicios como nosotros alondras!
¡Ja, ja, ja!

Entretanto, los dos barcos fenicios han llegado al puerto de la gran isla, oculto en una bahía
y defendido por un estrecho paso natural.

En cuanto desembarcan, el capitán y Vitella
se apresuran hacia un gran palacio donde
ascienden por la monumental escalera.

Pero, ¿quién es este
extranjero que
os acompaña?

Un alto dignatario...
¡Alguien muy importante, creedme!

Bueno, os dejo...
¡La atmósfera parece enrarecida hoy!

¡Torpe! ¡Inútil!

¡Ah, estás aquí capitán! Su Ilustrísima Grandeza
se ha sorprendido por el retorno de vuestras
naves y desea veros en el campamento.

Y bien, ¿a qué esperarás
para llamar?

Esta noche...
por las buenas
o por las malas

Es que...

En ese instante la puerta se abre dejándonos ver al capitán. Inmediatamente una le voz interpela...



¡Ah, estás aquí Milio! ¡Pasal!

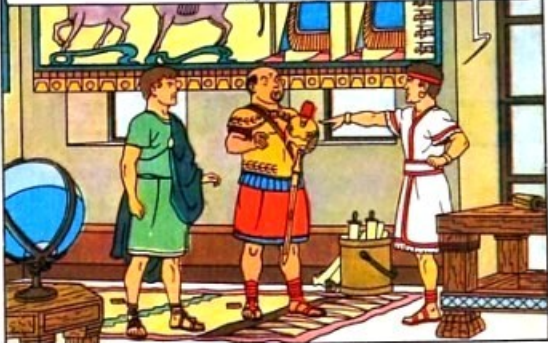
Siempre inquieto, el capitán se acerca, seguido de Vitella.



Desde el otro extremo de la sala, ARBACES examina con asombro al acompañante de Milio.



«¿Quién os ha autorizado a entrar aquí? ¿Sabéis que os juzgá la cabeza por infringir mis órdenes? Eh, guardias...



Pero esa frase es interrumpida por la entrada de un extraño personaje.



[Un momento]

Es su "Ilustrísima Grandeza", Sardan, el hombre negro, el que acaba de aparecer.



Se le explica el retorno inesperado de los barcos del capitán Milio, y Vitella le cuenta el naufragio de su navío, sin mencionar a Alix, ni el objetivo de su viaje, evidentemente.

«Esos son los restos de la nave que encontraron vuestros soldados. Desgraciadamente, cuatro de vuestros hombres nos atacaron; tuvimos que luchar, a pesar del reducido número de adversarios. Esta mañana, hemos decidido ir a buscar vuestra isla.»



Pero, ¿por qué motivo hablais emprendido este viaje? ¿Quién os había revelado la existencia de nuestra isla y la ruta a seguir para encontrarla?



No temáis, nadie sabe que esta isla existe, aparte de las personas que me son fieles. Los incidentes provocados por vuestros hombres en Cartago han sido objeto de un informe que, afortunadamente, ha caído en mis manos.



Humm... Venid aquí al margen de éste, que siempre me observa...

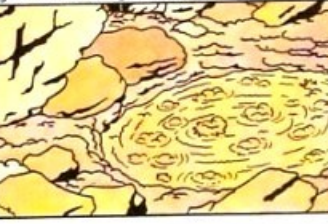
Este informe estaba destinado al Senado romano. Pero un alto personaje ha conseguido interceptarlo, y enseguida ha apreciado todo el interés que tienen vuestros asuntos. Me ha enviado aquí en secreto, para intentar conocer vuestros proyectos y eventualmente ayudaros...



«He aquí quien podría adelantar en gran medida la realización de mis planes... Arbaces, ocupate de nuestro nuevo amigo y procura todo lo que sea necesario. En cuanto a ti Milio, has actuado bien: tus naves pueden quedarse en el muelle, hasta que esté aclarado el misterio de la isla egipcia.»



Mientras tanto, Alix y sus compañeros se han detenido en un lugar salvaje, cerca de una gran fuente de agua caliente.



«¡Es extraño como hierve el agua!»

Sí, y a veces, cuando la tierra tiembla, saltan chorros que se elevan a una altura de varios hombres.



¿No? Pues eso no es todo. Pasan cosas inquietantes en el interior de la tierra: ruge y se mueve, como sublevada por la cólera de los dioses infernales.



Y después, ¿ves esa montaña? Es el Moloch. Algunas noches, suelta humo y bailan diablos de fuego, la noche...



¡Jal! ¡Jal! ¡Jal! ¡Diablos de fuego! ¡Me gustaría ver eso! Mi pobre amigo. Por cierto, ¿cómo te llamas?



¡Ah! ¡Calamidad! ¡Maldición! Me ha preguntado cómo me llamo! ¡Misericordia!



¡Me llamo APOLO!... ¿Os dáis cuenta? ¡APOLO!
[El nombre del dios de la belleza!
¡Qué ironía! ¡Qué burla!

¡Vamos, calmaos!
¡Eso no es trágico!



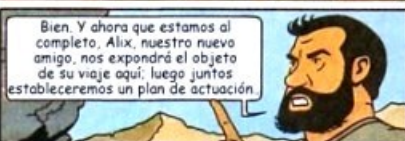
Es cierto, tienes razón Alix.
¡Andal, Copal y uno de tus compañeros han
encontrado a nuestras tres hermanas de armas.



¡Acercad os amigos, que os presentaré. Estos son
Kamar, Tibon y Sanib; tres famosos gallardos, valientes
y batalladores, no demasiado malos y
abundantemente barbudos!



Bien. Y ahora que estamos al
completo, Alix, nuestro nuevo
amigo, nos expondrá el objeto
de su viaje aquí; luego juntos
estableceremos un plan de actuación.



El día transcurre. La mañana siguiente, en los
apartados del palacio de Sardon...

¡Buenos días querido amigo! ¿Habéis acabado
vuestro desayuno? Perfecto... Vamos a poder
comenzar nuestro paseo enseguida.



Con mucho gusto Arbacés. Pero antes,
explicadme qué es esa extraña materia
transparente que protege vuestras
ventanas...

Es el "vidrio". Un antiguo
descubrimiento egipcio que hemos
perfeccionado... ¡Si! Nuestros
sabios y nuestros trabajadores
han llegado a resultados notables.



... y eso no es nada comparado
con nuestros más recientes
inventos! En su momento,
veréis algunos adelantos
fantásticos que tenemos sobre
otros pueblos, incluso los más
evolucionados... Seguidme,
esta jornada quedará marcada
para siempre en vuestra vida.



Un poco más tarde...

He aquí nuestras forjas. Puede fundirse, colar y
dar forma a grandes cantidades de metales diferentes, gracias a procedimientos que
perfeccionamos sin cesar. Nuestros laboratorios y talleres trabajan además día y noche.



Esta es la sala donde reunimos todos los
materiales necesarios. Impresionante, ¿verdad?
Y te garantizo que vuestro señor Julio César
quedará asombrado cuando le describáis todo
lo que habéis visto.

Sin duda... Si es que es
César el señor al que sirvo.



Si, seguro... Mirad, aquí tenemos el taller donde se trabaja el vidrio. Después de haber sido secado y solidificado
el material es pulido y limpiado... Allí es donde montan los famosos espejos solares que tanto han aterrorizado
a los cartagineses; un descubrimiento olvidado del genial Arquímedes.



Aquí asistís a la fabricación de instrumentos de
forma helicoidal: resortes, hélices, etc...
Otros descubrimientos de Arquímedes
que hemos adaptado...



Y por fin, he aquí una máquina asombrosa:
"la balista de la muerte". Este ingenio extraordinario
siembra la muerte y la destrucción a varias leguas de
distancia... Además vais a poder constatar.



En ese mismo
instante.

Ese de allí es el gran acueducto del que te
he hablado. Está bien guardado, como ves.



Pero, de repente un ruido insólito
sacude la atmósfera...

¡EL MOLOCHI!



Un proyectil surca el espacio vibrando, alcanza el flanco de la montaña y hace explosión.

¡Pobres de nosotros, un diablo en pleno día!

¡Eso no es lo que creéis Apolo!

¿Qué es eso de la "pólvora"?

¡Os la explicaré más tarde! Arbacés, ese pérfido del que os he hablado, probablemente ha conseguido fabricar este arma terrible con la ayuda de su fórmula. ¡Vamos, no nos quedemos aquí! ¡Una importante misión nos espera!

Lentamente el humo de la explosión se disipa.

Este cataclismo ha sido producido por un objeto lanzado desde la ciudad. Conozco la sustancia que provoca esta explosión; se llama "pólvora".

Pero cerca de la "balista de la muerte" (1).

Entonces Vitella, ¿qué pensáis?... ¡No está nada mal! ¡A varias leguas de distancia, provocar una llama que destruye murallas y rocas!...

¡No sé qué es más digno de admirar: el objeto que produce esa deflagración o el ingenio que lo lanza!

¡Qué extraño aspecto tiene el Molochi... La nube de su cumbre. ¿Y ese polvo rojizo? ¡Curioso!

Venid, nuestra visita ha terminado.

A mi juicio, es imprudente perturbar así a un antiguo volcán. ¡La próxima vez sería preferible tirar hacia el océano!

Llegada la noche, Vitella pone en apuros al griego.

Por cierto Arbacés, ¿dónde están los dos hombres que estaban conmigo en el barco?...

¡Euh! Están un poco enfermos... Nuestros magos se esfuerzan en ponerles en pie. ¡Los veréis mañana!

Perfecto... ¡Buenas noches!

Mientras la ciudad se adormece, una sombra entra bajo la bóveda de una puerta tras la cual dos guardias juegan una partida de dados.

¡Uff!... ¡Qué día!... ¡No me han ocultado nada! Todo esto es demasiado bonito para que dure, y ese Arbacés es muy cauteloso, quizás miente... Uhm, habrá que actuar con cuidado... ¡Mientras tanto, durmamos!

¡Silencio!... ¡Seguidme!... ¡Voy a mostraros una cosa! Sobretudo, nada de ruido.

Cuando llegan al puente que da acceso a la muralla.

Mirad allí. ¡Más cerca!

¿Pero dónde? ¡No veo nada!

¡Pues bien, meteos dentro, valientes!...

¿Qué es?...

¡Silencio, he dicho!

¿De qué se trata?...

¡ejecutan juntos una zambulida magistral!

¡Hola!... ¡Quién vive!

Empujados violentamente, los dos soldados.

(1) balista: ingenio de tiro de la época romana.



¡Oye! ¡Baja! ¡Han caído al agua!

¡Diablos!... ¡Ya voy!



¡Imbéciles! ¡Menos mal que ese soldado estaba allí!



El hombre llega hasta la puerta.

¡Eh, soldado! ¿Dónde estás?



¡Aquí amigo!... ¿Estás solo?...

Es decir, ¿eres el último?

Eh... sí...



Por el otro lado de la puerta, unas sombras surgen de entre las cañas.

Pst... ¡Salid por aquí y en silencio! ¡O podríais volver al agua para siempre!



Apolo reúne a sus compañeros...

Podéis venir... ¡El tercero tiene un buen chichón, estará tranquilo durante un buen rato!



¡Qué imprudencia! ¡Coniar la guardia de una puerta tan importante a tres hombres solamente!...

¡Desastrosa organización!...

¡Apolo, ya harás tu discurso más tarde!



¡Copel y Enak, os quedaréis aquí para vigilar a estos tres granujas! ¡Atadles, si es preciso con trozos cortados de su túnica! Y no abandonéis vuestro puesto bajo ningún pretexto.



Disfrazados con los cascos y armas de los guardias, Apolo, Tibor, Kamar y Alix se adentran en la ciudad dormida.

¡Es por allá!



Pronto...

Aquí está el arsenal. Avancemos en formación y caminemos al paso, para dar la impresión de que patrulamos. Un, dos...



El pequeño grupo llega a la puerta principal...

un, dos, ¡Alto! ¡Guardia, venimos a relevarte!



Pero... esta no es la hora...

No te inquietes. ¡Son las nuevas órdenes! Nos envían a vigilar desde las cuatro.



Una vez han perdido de vista al guardia, Tibor solo, toma su lugar y los otros tres entran en el arsenal donde, como siempre, reina gran actividad.

¡Inspección especial! ¡Eh, tú! ¡Conducenos inmediatamente a la sala donde se encuentra la pólvora!



Es aquí... Las reservas de pólvora y las flechas explosivas están allí, detrás de la "balista de la muerte".

Muy bien. Déjame tu antorcha y vuelve a tu trabajo.



Pero... en el exterior, el guardia burlado que entra de nuevo, se cruza con un oficial.

¡Capitán!

¡Buenas noches!



Pero... Acércate un poco a la luz... ¿No eres tú el que vigila el arsenal esta noche?

En pocas palabras, el soldado explica cómo ha sido relevado de su guardia...

¡Por Bell!
¡Son impostores!



Entretanto, en el arsenal...

Este proyectil es, sin duda, idéntico al que ha hecho explosión en el Moloch: una saeta surmontada de un estuche que contiene pólvora... y esta balista debe servir para lanzarlo.

¡Solo nos faltaba eso!



¡Vamos!
Se apoderan de unas cuantas flechas explosivas

Un momento.
No me gusta nada esta balista...
¡Y ya no necesitamos la antorcha!



...los tres hombres vuelven a atravesar el taller, sin atraer la atención.

¡Todo va bien!



Mientras, el incendio provocado por la antorcha, se propaga rápidamente.



Cuando salen fuera, nuestros amigos se alejan a paso ligero, uniéndose a Tibor.

¡Habéis tardado mucho!
¡Creía que no volveríais!



Llegan hasta un barrio de calles estrechas...

De pronto, aparece un grupo de soldados tras una esquina...

¡Rápido, crucemos!

¡Alto! ¿Quién va?



Una lluvia de flechas se abate alrededor del pequeño grupo que, afortunadamente, ha podido refugiarse a la entrada de una callejuela.

Alix, encárgate de las flechas explosivas. Nosotros te cubriremos la retirada.



Pero, a pesar de sus bajas, los soldados avanzan...

¡Valor!
¡Apenas son tres o cuatro!



Nuestros amigos se ven obligados a retroceder. De golpe.

¡Aaah! ¡Me han dado!

¡Valor, Tibor!



¡Desgraciadamente, el desafortunado cae de jando su arma, y Alix interviene también en la batalla.

¿Estás loco?

¡Coge las flechas y vete!...

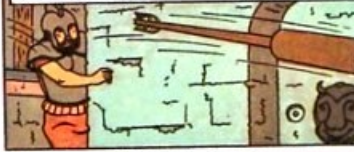


Los tres hombres retroceden aún más... Los soldados fenicios están sólo a unos pasos. También cae Kamar, mortalmente alcanzado.

Rápido Alix, detrás de ese muro. ¡Y pásame una flecha grande!



En cuanto se protege, Apolo coge el proyectil y lo lanza con fuerza.



Y al tocar el suelo, la flecha explota con estrépito.



Aprovechando el sesosiego causado por la explosión, Alix y Apolo huyen. Despertados con gran sobresalto, los ciudadanos salen a la calle...



¿Qué sucede?

Es allí... ¡Id a ver!

El oficial, que se ha protegido en el último momento y no ha resultado herido, aparece por el otro extremo de la calle.



¡Eh! Corred... ¡Atrapad a estos dos hombres!

Mientras tanto, en el arsenal, el incendio provocado por Apolo ha alcanzado proporciones inquietantes. Atorrizados los hombres se precipitan transtornados hacia las salidas.



Apenas ha salido el último obrero un estruendo atronador sacude el aire, un ala del edificio estalla...



Es la reserva de pólvora la que acaba de saltar por los aires. Resplandores rojizos iluminan el cielo. El incendio avanza por el edificio.



Entretanto, nuestros amigos, acosados por una multitud cada vez más numerosa, llegan por fin hasta la gran puerta...



¡GOPAL! ¡ENAK!
¡Venid deprisa!

Gopal y Enak se lanzan a su suerte, bajo una lluvia de proyectiles.



...que tiran los fenicios, apostados sobre uno de los muros de la fortificación.



Súbitamente, un taburete alcanza a Enak en la cabeza... El joven muchacho se desploma.



Gopal vuelve sobre sus pasos para coger al muchacho en brazos. Desgraciadamente, es demasiado tarde. Algunos perseguidores caen sobre él, y le dejan fuera de combate...



¡Aaahh!

Alix y Apolo, que han continuado su carrera, están ahora fuera de la ciudad, a cierta distancia de los muros...



¡Dios mío!
¡Enak y Gopal no nos siguen!

Y allí están los fenicios... ¡Deprisa!
¡Ponte detrás de esa roca!

Apolo lanza de nuevo, con todas sus fuerzas, una flecha explosiva a los perseguidores y después se tacha al suelo.



El proyectil toca el puente que vuela en pedazos, entre un inmenso chorro de agua y fuego.



Por el momento, no pueden seguirnos... ¡Alejémonos!



¡Mi pobre y pequeño Enak!

Con la muerte en el alma, los dos hombres se van... ¿Son los únicos que han escapado de esta infernal tentativa?



Al alba, una agitación extrema reina en la ciudad, debido a los acontecimientos de la noche. En un pasillo del palacio de Sardón, un grupo se detiene ante una puerta. Esta se abre y...



¡Vitello!

¡Arbacés! Os esperaba.

Su Ilustrísima Grandeza me ha dado orden de registrar el palacio, solo por sala. Siento molestarlos.

Pensaba que me traíais noticias de mis dos compañeros.

¡Precisamente venía a hablaros de ellos! ¡Sangar, continúa el registro con tus hombres! Yo me ocupo de nuestro amigo.

Bien, Señor.

Por cierto, dime qué ha pasado esta noche... ¿Y esas explosiones?...

¡Nada grave, tranquilizáos! Pero tengo malas noticias sobre los sujetos que os acompañaban... Han muerto esta mañana, a pesar de los cuidados de nuestros magos. Lo siento mucho Vitella; ¡Comprendo vuestra pena! ¿Queréis que vayamos a meditar ante sus cuerpos? En ese caso, protegéis la boca con este trozo de tela, ya que ellos han sucumbido a una fiebre contagiosa.

Poco después

Aquí está la cripta donde nuestros difuntos son embalsamados. Vuestros compañeros han sido depositados en esos sarcófagos.

Vitella se acerca y levanta la esquina de la sábana.

¡Tened cuidado con el contagio!... Es preferible no prolongar más esta visita...

Vitella retrocede con un gesto de horror.

¡Estáis pálido!... ¡Valor Vitella!... Venid, es necesario tomar el aire...

Los dos hombres salen de la cripta.

Puesto que habéis visto nuestro arsenal, ¿quizás os interesaría conocer al cerebro de nuestra organización: nuestros sabios y nuestros magos?

Desde luego.

Sin embargo, aunque Arbaces está muy predisuesto, Vitella le escucha medio distraído.

Llegamos a la galería.

Aquí están reunidos los bustos de los sabios más grandes de la historia: Pitágoras, Teodoro de Cirena, Arquitas, Euclides, Platón...

Y aquí el más ilustre de todos: el griego Aristóteles; filósofo, geómetra, físico, astrónomo... Nuestros sabios se han inspirado mucho en sus trabajos.

¿Y este, quién es?...

Pero Vitella no llega a fijar su atención en las observaciones de Arbaces. Su mirada le lleva al arsenal devastado.

Este es el que... Vamos Vitella, no os preocupéis por esos daños... ¡Serán reparados rápidamente y los responsables sufrirán el castigo que merecen, creedme!

De repente, un oficial hace una señal a Arbaces.

Perdonadme un momento.

¿Qué sucede?

Un mensajero ha venido a anunciar que varias ánforas han sido robadas esta noche, cerca de las fuentes de nafto, en la montaña.

Pensativo, Vitella se acerca a una ventana que sobresale, sobre un patio interior. De golpe, se sobresalta.

¡Cielos!... Pero... ¡Ese es ENAK!

Pero, como Arbacés se acerca a él, Vitela adopta enseguida una expresión imparable.

«Nada grave?»

No lo creo, no obstante debo dejáros, amigo; fuera reclaman mi presencia. Pero que eso no os impida continuar vuestra visita...

¡Efraús, tú guiarás a nuestro amigo a palacio!

Las horas pasan. La agitación de la ciudad ha llegado a toda la isla. Han desplazado soldados hacia los puntos importantes, especialmente a las fuentes de nafta...

Largas columnas de hombres armados atraviesan la montaña...

...seguidos de toda una dotación de espejos incendiarios y balistas.

Finalmente, estas máquinas son dispuestas en abanico a cierta altura y cuidadosamente disimuladas tras el espejo folloje.

Equipos de exploradores inspeccionan cada palma de terreno, cada gruta, cada anfractuosidad.

Cuando cae la noche, no queda más que un mazo rocoso inexplorado al pie del cual se agrupa el ejército.

Arbacés que vigila esas extrañas maniobras, conversa con Galo.

La presa está escondida en alguna parte de ese bloque rocoso. Hoy es demasiado tarde para cazarla en su guarida. ¡Pero mañana al alba, atacaremos!

De golpe, la cima de las rocas se ilumina violentamente y grandes llamas suben hacia el cielo.

¡Truenos! ¡Mira!... Están utilizando la nafta robada esta mañana; y han hecho una hoguera.

El fuego encendido en la montaña toma pronto unas proporciones gigantescas...

Seamos prudentes Arbacés. Es posible que sea una trampa. No ataquemos la montaña esta noche... ¡Mañana les derrotaremos!

...y los guerreros egipcios pueden ver desde su isla el resplandor que brilla como una gran estrella en el mar.

¡Mira!... ¡La señal!

Inmediatamente, de eco en eco, el curioso aullido se transmite.

Mientras tanto en la isla vecina, nuestros amigos reducidos a un grupo de cuatro hombres, descienden con precaución una pendiente del mazo.

Llegan al extremo de un gran acueducto.

¡Diablos! Aún son más numerosos de lo que me imaginaba... Pero no hay que dudar. ¡Vamos, Apolo!

Inmediatamente nuestros amigos entran en el agua y Apolo se sumerge.



¿Tenéis todos vuestras cañas? - Bien, seguidnos en orden.

Respirando con la ayuda de una larga caña, Apolo avanza bajo la superficie del agua, llevado lentamente por la corriente.



Alix y los demás le siguen, siempre sujetando con una mano las flechas explosivas.



En la superficie del canal emergen cuatro pequeños tubos que se dirigen hacia el gran recodo del acueducto iluminado por la torre de vigilancia...



Uno a uno, nuestros amigos pasan a los pies de los centinelas. Su corazón late a toda prisa. ¡Ojalá nadie se dé cuenta de los tubos de cañal!



Por suerte, demasiado ocupados vigilando los límites de los bosques que tienen frente a ellos, no miran el curso del agua.



Lentamente, los cuatro hombres prosiguen su camino... Pero de repente Apolo se detiene.



¡Una reja! ¡Estamos perdidos!

Pero, comunicándose con gestos, los dos amigos acuerdan intentar elevar la reja, y lo consiguen a costa de muchos esfuerzos. Después de haber hecho provisión de aire, los fugitivos nadan bajo la ella, unos tras otros.



Una vez han pasado, vuelven a colocarla en su sitio, y continúan avanzando sin más trepazos hacia el otro extremo del acueducto.



Mientras tanto, el ataque al mazizo rocoso ha sido aplazado definitivamente para el día siguiente, y Arbacés regresa al palacio de Sardon a galope tendido.

¡Ocupate de mi caballo y dentro de una hora, tráelo aquí!



¡Bien, señor!

Rápidamente el griego sube las escaleras...



Y mientras, en palacio duermen, un hombre atraviesa salas y corredores desiertos con mil precauciones...



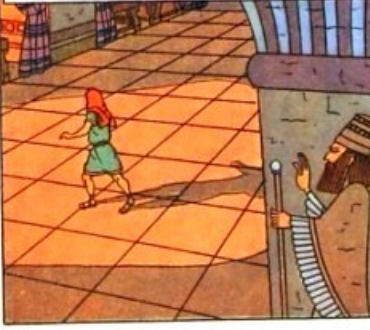
¡Aquí está la bodega!... ¡Nadie! ¡Ojalá la puerta no esté cerrada del todo!



¡Se abre! ¡Y no hay guardias! Los dioses están conmigo!



Vitella cruza de puntillas la inmensa sala, observando cada rincón de sombra, atento al menor ruido.



Pero no puede percibir a dos pares de ojos que, desde lo alto, por un estrecho tragaluz oscuro, espían cada uno de sus gestos...



¡Allí está!

Tu plan funciona Arbacés. ¡Dentro de un momento, Vitella sabrá que no nos ha conseguido engañar!

¡Desde luego, menuda presunción pretender juzgarnos!

Mientras, Vitella levanta la sábana de sus desdichados compañeros y...

¡Marcas de golpes! ¡Había visto bien! No ha sido una fiebre lo que los ha matado

Mientras me recibía fingiendo cordialidad, estos desgraciados estaban sometidos a tortura... Al límite de sus fuerzas, probablemente habrán revelado el objetivo de nuestra expedición; después, los verdugos han acabado con ellos y han ideado esta siniestra puesta en escena...

Ah, ese mundo de Arbacés. Pero, ¿por qué hizo esta comedia delante mio?... ¿Y qué habrá hecho con Enak, dios mio?... ¡V Alex que no ha dado más señales de vida!... ¿Qué hacer?...

Se aleja... Parece hundido... ¡Jal! ¡Jal!

Dejémosle con sus reflexiones; voy a dar orden de que le vigilen de cerca. Ahora es el momento de que vuelvas junto a nuestras tropas

La noche se acaba. Con los primeros rayos de sol, se desencadena el ataque al maíz rocoso. Las máquinas lanzadoras y los espejos solares toman como objetivo la gran roca, que casi desaparece entre la humareda...



De pronto, se da orden de cesar de tirar, y los soldados se lanzan al asalto. Pronto están al pie del maíz...



Continuando con su ascensión, se infiltran por todos los rincones, registrando cada grieta... ¡en vano!



Finalmente, algunos hombres llegan a la planicie de la cima donde las brasas de una hoguera están acabando de consumirse. ¡No hay nadie!



Defraudados y decepcionados, los oficiales obligan a explorar la montaña. De golpe...

¡Jefe! ¡Han escrito algo en este trozo de corteza de árbol!

¡Dámelo, deprisa! ¡Hay que llevarselo al general!



Unos instantes más tarde, el oficial llega jadeante cerca de Galo y de Arbacés, que acaban de llegar al lugar...

Excelencia, hemos encontrado este mensaje

¿Qué pone? ¡Lee rápido!



Alix y sus compañeros piden excusas a su viejo amigo Arbacés por no haber acudido a la cita, por haber tenido que ir a otro lugar. Os desean...



¡Ya basta! Dame eso... ¡No sois más que una banda de inútiles y de imbéciles! Nuestros enemigos se os han escapado de las manos sin que os hayáis dado cuenta de nada. ¡Vamos, ya podéis bajar de allí, sois patéticos!



Todavía transcurren unas horas... El fracaso de las maniobras del ejército, después del desastre del arsenal, han sumido a la ciudad en la inquietud y el malestar. El pueblo murmura... Cuando se ha pasado su primera cólera, Sardon reúne a sus consejeros y durante un buen rato deliberan...

¿Comprendido?... ¡Quiero hechos, resultados, y no más promesas! ¡No me digáis que no faltan medios para exterminar a este canalla! Un nuevo fracaso será castigado sin piedad.

Su Ilustrísima Grandeza, ¿me permitis una sugerencia?



Pero, en ese instante, un rugido que nace a lo lejos. Se intensifica

¡Hablemos de tus sugerencias! Pero... ¡qué es esto?!



En ese instante, un temblor de tierra sacude entera la isla

¡Mil diablos! El Moloch ha despertado. Ojalá que la lava descienda hasta el océano. Reunid a vuestros hombres y procurad que reine el orden.



Las sacudidas sísmicas se vuelven más y más violentas. El suelo se agrieta, los árboles son desarraigados



Las murallas de la ciudad se agrietan, con el enorme pánico de la población



Pero la colada de lava sigue una pendiente que la conduce hacia el mar, destruyendo todo a su paso, mientras una nube de ceniza rojiza cae sobre la isla



Entretanto, los ciudadanos, completamente enloquecidos por este nuevo cataclismo, se dirigen a la estatua del dios Moloch, cuya boca abierta escupe llamas permanentemente.



¡Poderoso dios, ten piedad de nosotros! ¡Apacigua tu cólera!

¡Ya ves lo que tenemos: locura, pánico... ¿Dónde se detendrá la idiotez de nuestro pueblo? Hay que controlar la situación...



Justamente, esta nueva catástrofe nos ayudará a realizar, aún más fácilmente, el plan que os había propuesto para calmar al pueblo y capturar a Alix.



En pocas palabras, Arbacés explica su idea...

¡Es magnífico! Decididamente, tú eres mi mejor consejero Arbacés. Tu plan es genial.



Mientras los ríos de lava en fusión se precipitan al océano, entre un inmenso burbujeo de agua y vapores...



Sardon aparece en un balcón que asoma a la plaza central donde está el grueso de la multitud.

¡SILENCIO!... Escuchadme...



Estáis temblando ante la cólera de Moloch y tenéis motivos. Pero yo conozco la causa de su furor y la forma de apacarlo. Unos miserables individuos han tenido la audacia de introducirse en nuestra isla. Han intentado sabotear una parte de nuestras...



...incomparables instalaciones. Nuestro dios reclama su castigo. Hemos podido capturar a uno de ellos y esta noche será lanzado a las entrañas ardientes de Moloch. Los demás le seguirán, os lo prometo...



Exaltada por la elocuencia de su jefe, la población pasa del terror a una alegría delirante que aclama ruidosamente a Sardon.



Todo va bien Arbacés. ¡Esta muchedumbre estúpida marcha como un solo hombre!

Pienso que esta vez estamos a punto de alcanzar el objetivo, Ilustrísima Grandeza.



Pronto la multitud se dispersa. El volcán parece calmarse, como apaciguado por la siniestra promesa, mientras que el odioso idolo escupe llamas imperturbablemente.



Y ahora, vamos a servirnos del viejo Vitella, que no se imagina lo que le espera...



¡Ilustrísima Grandeza! ¡Una nueva desdicha! El sabio Lydas ha desaparecido. ¡Se lo han llevado!



¡Vaya! ¿Así es como vigiláis? ¡Pero, para qué servís entonces, banda de inútiles! Desde luego, este palacio es un molino donde cada uno sale y entra cuando quiere! ¡Hay que cambiar esto!... Ve a buscarme a Asdrúbal, el jefe de los magos...



Un poco más tarde, en la habitación de Lydas...



Ni siquiera ha acabado de comer con las prisas...



¡Yo estaba en la habitación de al lado y no he oído nada!



Inmediatamente.

Esta vez, se acabó la comedia. ¡Para los dos Vitella!



¡Truenos! Ahora caigo... Vitella ha visitado los laboratorios en compañía de un oficial, durante mi ausencia...



En efecto, recuerda esa visita... Bien Arbacés, continúa la búsqueda por tu cuenta, mientras preparo la "fiesta" de esta noche



Y al irrumpir en la habitación.



¡Por Minerva! Nadie!... He llegado demasiado tarde. Pero el canalla no puede andar lejos

¡EH! ¿A qué esperáis para actuar? Volved al palacio, recorred la ciudad, registrad cada casa. ¡Encontradme a esos dos hombres, u os voy a tirar a las fieras!



Excelencia, mirad... Este cristal está roto. Habrán escapado por aquí. La ventana da a un patio...

Han arrancado las cortinas y las han atado por las puntas... ¡Aunque no han podido salir de la ciudad! El ejército está en estado de alerta y se ha triplicado a la guardia. ¡Hay que acelerar la búsqueda!



Pero, mientras en la ciudad prosigue la búsqueda febrilmente, la nave griega con la que Vitella llegó a la Isla Maldita, regresa de una nueva expedición en la isla egipcia.



Y como cae la noche, el barco tira el ancla en el centro del puerto no lejos del gran ídolo.



Pero, cosa curiosa, no está averiado: sus velas no están demasiado repliegadas; En la popa, con la oscuridad, ponen una pequeña embarcación en el mar.



Entretanto, no lejos de allí, bajo la arcada de un embarcadero, dos hombres sentados en una barca plana, susurran en la sombra.



La agitación aumenta en la ciudad; acabarán por encontrarnos, no podemos quedarnos aquí...



¡Vitella, miral! Esa embarcación viene hacia nosotros!

En efecto, la barca, que parece vacía, maniobra lentamente...



...casi imperceptiblemente, en dirección a ellos.

No hay nadie a bordo... ¡Va a la deriva!

¡Silencio! ¡Desconfiemos!



Las barcas chocan. Inmediatamente, sobre la misteriosa embarcación que ha llegado, aparecen unas cabezas por sorpresa de uno y de otro lado



Un instante más tarde, sin que puedan dar un solo grito, Vitella y su compañero son golpeados...



Mientras, en el muelle... ¡Eh! ¿No habéis oído nada?



De la extraña barca silenciosa, surge una mano y tira varias veces de una cuerda que cuelga en el agua



Ligeramente lastrada, esta cuerda está unida a la nave anclada en medio del puerto.



¡Uno... dos... tres tirones! Es la señal convenida para traerlos... ¡Que extraño!



Desde el barco, los hombres tiran de la cuerda, y lentamente la pequeña barca vuelve al navío, llevando a Vitella y a Lydas, inanimados y envueltos en una tela



En esos momentos, la investigación prosigue en palacio. Arbacés convoca al oficial que guió a Vitella

Veamos Efraús, trata de recordar: cuando Lydas y Vitella se encontraron, ¿hablaron o hicieron alguna señal?

Nada de eso. ¡Parecían no conocerse y no dijeron ni una palabra!



Vitella habrá vuelto a donde Lydas poco después, a nuestro entender. Habrán decidido escaparse juntos y como la habitación de Vitella, se prestaba mejor a una evasión, habrán tomado ese camino. Pero después, ¿por dónde han pasado?



Pasando por detrás del gran idolo.

Las barcas que están aquí permanentemente podrían servirles para abandonar la isla. Sin embargo no han podido hacerse a la mar durante la noche. Quizás esperen al alba, escondidos en algún rincón.



Efraús, hay que hacer bloquear la salida del canal. Que tus hombres tomen unas barcas y... ¡Vaya! ¿Qué hace esa nave en medio del puerto?

Ese debe ser el "Tiro", el barco del capitán Milio.



Los persiguos les llevan hasta el muelle. Para huir por este lado, han tenido que atravesar la plaza. Eso era arriesgado, pero a menudo el plan más audaz es el que mejor sale.



Ah, sin duda regresa de su misión en la isla egipcia. ¡Eso es lo que necesitábamos! Ve con algunos hombres abordo, y pide a Milio que se aposte en el canal. Nadie debe salir del puerto. ¿Comprendido?



Mientras, en el otro extremo del puerto, sobre una roca que bordea el canal.

¡Tu idea era excelente Alix! ¡Nuestros enemigos realmente no esperan que reaparezcamos de este modo! ¡Oh!... Mira, el barco está allí...

¡Perfecto! ¡Bajemos!



Los cuatro hombres bajan el abrupto acantilado evitando hacer ruido...



Llegan al pie de las rocas...

Nadad lentamente sin fatigaros, ya que la nave está lejos...



Ahora ya se ha hecho de noche totalmente. La población llena poco a poco las gradas que rodean al gran idolo. El siniestro espectáculo es inminente.



Lentamente, Alix y sus compañeros, se aproximan a la nave, teniendo cuidado de mantener fuera del agua las puntas de sus flechas explosivas



Así llegan junto al "Tiro", silenciosos y aparentemente desiertos.

Mira Apolo. Han sujetado la barca y los cabos como te he dicho. ¡Son nuestros amigos!

¡Ojalá tengas razón!



La prudencia se impone... Voy a subir primero. Estad listos para cubrir mi retirada llegado el caso.



Al llegar a la borda, nuestro amigo reproduce débilmente el extraño aullido que servía de señal a los egipcios.

¡¡Es él!!!

¡Alix!



Al momento nuestro amigo salta sobre la cubierta.

¡Tú! ¡Vivól... Nos temíamos lo peor. Pero ve enseguida a ver a Hatmés, está en el camarote con dos de tus amigos.

Voy corriendo. Llamad a mis compañeros que se encuentran aún en la barca y ocupados de ellos. Están empapados.



Un instante después

¡Hatmés!... ¡Vivella!...

¡Alix!... ¡Por fin!...



Este es el sabio Lydas; me escapé con él del palacio de Sardon. ¡Una empresa muy hazorosa! ¡Sin la intervención un tanto brusca de los soldados de Hatmés, quizás no estaríamos aquí!



¡Es magnífico! ¡Le debemos una buena a nuestro amigo Hatmés! Pero contadnos cómo habéis podido responder a nuestra llamada tan rápidamente...



Sea: inmediatamente después de vuestra partida, mis hombres han trabajado sin descanso para fabricar armas fenicias similares a las que habíamos capturado. El trabajo estaba casi acabado cuando apareció vuestra señal luminosa. El momento de actuar había llegado; habíamos capturado el primer barco fenicio que se acercó a nuestra isla (operación que fue muy fácil, ya que los fenicios estaban desconcertados al ver caer sobre ellos una multitud de soldados equipados como ellos, surgidos como por milagro de una isla que ellos creían desierta). Si bien hemos tenido que lamentar algunas pérdidas; yo mismo fui herido en el brazo... ¡En resumen! No conservando más que a los fenicios indispensables para las maniobras, hemos venido aquí al caer el sol...



En ese instante, un hombre irrumpe en el camarote...



¡Señor, una barca fenicia cargada con tres soldados se dirige hacia nosotros! ¿Qué hacemos?

¡Diablos!... Tirales un garfio y que suban a bordo...



Poco después, lanzan un cabo.



Por fin se dignan a salir... ¡Truenos, creía que estabais todos sordos!

Mientras, en la plaza, la fiesta acaba de comenzar. Los danzantes ejecutan extrañas figuras, saltando y contorsionándose salvajemente, escupiendo llamaradas y haciendo terribles muecas ante la exultante multitud.



Desde el balcón, Sardon contempla el espectáculo con la mirada fría.



¿Estas pantomimas durarán mucho tiempo aún? ¿Cuándo tendrá lugar la ejecución?

Dentro de una hora Ilustrísima Grandeza. Su Excelencia Arbacés se ocupa de los últimos detalles...



¿Qué?...

En efecto, en el mismo instante, el griego, armado con un látigo, entra en una celda.

¡Vamos, arriba!... ¿Quieres ver una bonita fiesta, o prefieres recibir unos golpes de látigo? ¿Las dos cosas, quizás?... ¡Levántate entonces, perro!





¡Arriba, testarudo!



¡Vengo a buscarte para una bella ceremonia: tú serás el héroe! Pues si Van a quemarte vivo en público... ¿Qué te parece!



Mientras tanto, Sardon se enerva. Y de pronto

Debo ausentarme. Toma mi lugar y preside la fiesta hasta mi regreso.

¡Bien Señor



Pronto Arbacés sale de la celda, llevando al desdichado Enak delante de él.

¡Vamos, date prisa! ¡La multitud se impacienta! Un actor no debe hacer esperar a su público. ¡Jal! ¡Jal! ¡Jal!



Pero Sardon aparece por una esquina del pasillo.

Arbacés, ¿qué es lo que me han dicho? ¿Es así como te ocupas de encontrar a Vitella y a Alix? ¿Jugando a los verdugos?!



¡Venga, dame este látigo y vete! Si tienes aprecio a tu cabeza, encuéntrame a los fugitivos antes de una hora! ¿Comprendido?



Te reunirás con él en la bodega, cámate. Pero de entrada...

¡Vitella! ¡Alix!... ¡Nos han traicionado!



En esos momentos, Efraús, subido a bordo del "Tiro", es sorprendido por unos rostros amenazantes que le rodean.

¿Dónde está el capitán Milio! ¡Quiero verle!



Inmediatamente Efraús grita a sus soldados:

Rápido, saltad por la borda. ¡Id a dar la alarma!



Los dos hombres se tiran, pero la reacción de los egipcios no se hace esperar. El primero es apuñalado; el segundo sin embargo escapa por poco.



Mientras nada, los tiradores egipcios apuntan sus armas sobre él.



...y tiran.

Ya no hay más peligro.

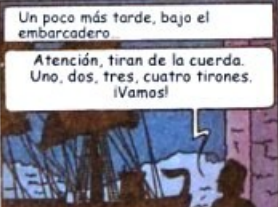
Ese ya no volverá a la superficie...

¡Tocado! Se hunde

Después, Efraús es sometido a interrogatorio. No sin hacerse de rogar, revela a nuestros estupefactos amigos, el plan que había ideado Arbacés para atraparles. Vitella debía asistir al suplicio de Enak: el espectáculo habría sido detenido inmediatamente para hacer prometer al romano que serviría de cebo para tender una trampa a Alix y a sus compañeros. ¡Una vez hecho esto, Arbacés y Sardon debían exterminarlos a todos!



¡Diablos, de buena me he librado!... Pero hay que darse prisa para salvar a Enak. ¡Esos brutos son muy capaces de matarle como venganza!



Un poco más tarde, bajo el embarcadero

Atención, tiran de la cuerda. Uno, dos, tres, cuatro tirones. ¡Vamos!

Y los egipcios disfrazados ponen su barca justo detrás de la estatua del Moloch. No advierten la presencia, no muy lejos de ellos, del soldado fenicio que sólo está herido, y ha podido alcanzar el embarcadero a nado.



No hay un instante que perder. Ya he enviado a algunos hombres con una barca cerca del muelle. Voy a darles orden de desembarcar.



No vale la pena gritar para alertar a los guardias. Con el ruido de la fiesta, nadie me oiría. Tengo que llegar a esa escalera.



Los egipcios disfrazados, que han amarrado su barca, suben prudentemente las escalones de piedra, detrás de la estatua del Moloch.



Los guardias!... Silencio, nada de ruido... Ocupémoslos primero de ese soldado...

El hombre, que miraba el espectáculo, se vuelve sorprendido, al escuchar que le llaman...



Creyendo que se trata de un amigo, el hombre se acerca sin desconfiar. Se sucede una pequeña lucha... y algunos instantes más tarde, un egipcio ha sustituido al centinela.



Mientras, en el embarcadero, el fenicio herido, llega con un esfuerzo supremo, al pie de la escalera.



Sube algunos peldaños titubeante y débil... pero bruscamente se desmorona y queda sin conocimiento.



Durante ese rato, el "Tiro" se aproxima lentamente al muelle. A lo largo de la cuerda tendida por los primeros guardias, los soldados egipcios se deslizan en el agua.

En la ciudad, Arbacés, afectado por los regrimados de Sardon, se ofensa y corre de izquierda a derecha para valorar el estado de las defensas.

«¿Cuántos sois aquí?... ¡Diez! Es demasiado para este puesto. Que cuatro de vosotros se unan a los guardias del canal.



¡Vosotros, id a inspeccionar la guardia de las murallas y cuidad de que los centinelas estén listos! En cuanto a vosotros, reunid un cuerpo de soldados detrás del palacio.



En ese mismo instante, Sardon más calmado, se asoma al balcón.

Ah, aquí llega por fin el "plato fuerte" del espectáculo. Pero hay que hacerlo durar, también he dado la orden de que no lo maten enseguida...



Un coloso de aspecto brutal acaba de aparecer en la plaza, tirando tres de sí, del desafortunado Enak aterrizado. Los danzantes continúan sus figuras grotescas alrededor del condenado, jugando con sus cadenas.



Pronto, el cruel cortejo sube por los escalones que conducen a la boca del Moloch.

¡Dejadme! ¡No quiero! ¡Socorro! ¡Alíx!



Pero los gritos del pobre muchacho son ahogados por el griterío de la multitud.



El verdugo y su víctima llegan a la alto de la escalera. Desesperadamente Enak se tira al suelo y se agarra a los últimos peldaños.



Pero es en vano. El terrorífico coloso eleva a Enak como una pluma, le mantiene suspendido por encima suyo, con los brazos extendidos, mientras el gentío continúa su clamor...



¡Muere maldito! Muere.

Entretanto, el fenicio herido ha vuelto en sí. Llega arrastrándose hasta la parte de atrás del palacio de Sardon, al mismo lugar donde Arbacés organiza los refuerzos.



¡Alerta, Señor...
¡Alerta!

Se acercan enseguida al hombre que, sin tardar, cuenta lo que ha pasado a bordo del "Tiro", añade también que varios egipcios disfrazados han desembarcado.



¡Mil truenos!

Que alguien se ocupe de este herido. Vosotros, rodead la plaza con vuestra destacamento, rodeando el muelle: los demás se apostarán delante de las puertas que dan acceso a la plaza. Por mi parte, voy a bajar al muelle por este lado. ¡Así les rodearemos! No ataquéis hasta que yo dé la señal.



Mientras, en la plaza, la muchedumbre patea. De pronto Sardon hace una señal al verdugo...



El coloso se adelanta hacia la enorme boca que ahora escupe aún más llamas. Va a tirar a Enak, cuando...



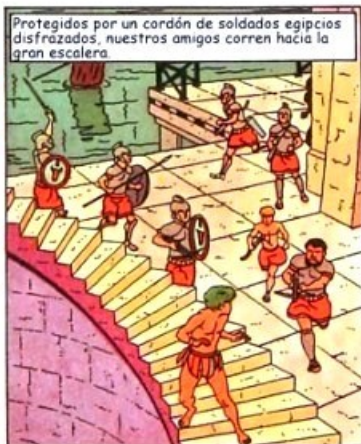
bruscamente titubea y después deja caer a su víctima desvanecida sobre la plataforma.



Un instante después, cae al vacío, tratando de quitarse la flecha que lleva clavada en el pecho.



De un salto, Sardon se levanta, loco de rabia.
¿Qué significa esto?
¿Dónde está Arbacés?
¡Tráedme aquí enseguida!



Protegidos por un cordón de soldados egipcios disfrazados, nuestros amigos corren hacia la gran escalera.



Luego, los egipcios avanzan hacia la plaza, con gran espanto para los espectadores desconcertados que huyen por todos lados.

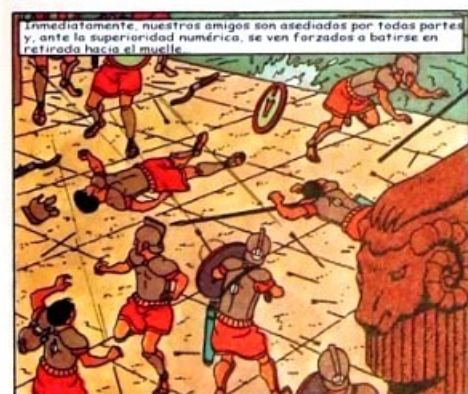


En ese momento, en el muelle...

¡Buen tiro Apolo!
¡Ahora vamos a por todas!



Pero un grito resuena, y las flechas empiezan a llover sobre los egipcios: Arbacés ha dado la orden.



Inmediatamente, nuestros amigos son asediados por todas partes y, ante la superioridad numérica, se ven forzados a batirse en retirada hacia el muelle.



Es una lucha sin cuartel. Uno contra diez, los egipcios se defienden con impaciencia: están agrupados a los pies del Moloch.



Mientras que, en lo más alto...

No puedo reanimarle...

¡Hay que darse prisa!
Nos van a acorralar.
Las cosas van mal allá abajo.

Sigue inconsciente... ¡Está bien!
Yo lo llevaré. Bajemos Alix...

¡Demasiado tarde!
Nos han acorralado...
¡Pero tengo una idea!

Al pie de la estatua, los
egipcios, aplastados por el
número, son masacrados...

¡A por esos
tres de allí
arriba!

Pero Sardon, que sigue la
lucha desde el balcón,
interviene.

¡Cogedlos vivos!
VIVOS,
centendéis?

¡Canalla! ¡No te basta arrastrar a tu
pueblo a servir tus ambiciones!
¡Encima necesitas diezmarlo haciendo
sacrificar a inocentes!
¡Malditos sean este jefe y este pueblo!
¡Ojalá esta isla se hunda en el fondo del
mar, como castigo a sus crímenes!

¡Ven, los soldados llegan!

Después, nuestros dos amigos se apresuran. Alix, el primero, salta a través de las
llamas sobre la cabeza de la estatua, seguido de Apolo que lleva a Enak...

Un instante después, Alix salta
de cabeza al vacío...

Pero, mientras Apolo vacila
en saltar con su paquete,
las flechas silban...

¡Tanto da!
¡No tengo elección!

Arbacés está ahora en el muelle vituperando...

¡Vamos! Una cabeza que sale
del agua. Es Enak. ¡Tirad!
¡Tirad maldita sea!

A bordo del "Tiro", Vitella y Hatmés siguen la escena con angustia.

¡CUIDADO ENAK! ¡SUMERGETE!
...Miseria, los van a matar!

¡Eh, vosotros, tirad a los
fenicios del muelle!

Reanimado por la zambullida en el agua fría,
Enak asciende instintivamente a la superficie.
Apolo salta tras él.

Afortunadamente, consciente del peligro,
Enak se sumerge de nuevo en el mar...

Pero de repente,
los hombres del
"Tiro" se paralizan,
llenos de estupor,
mientras se
escucha a Arbacés
lanzar un grito
horrible...

¡AAAAAH!

Ante el pavor general, la enorme estatua de Moloch se pone a tambalear y su pedestal se disloca.



...Pronto cae levantando un revuelto de piedras y llamas.



Comprendiendo que se trata de un nuevo temblor de tierra, Arbacés se agarra fuertemente a un bloque de roca, mientras que todo se derrumba en torno a él.



Un terrible remolino agita las aguas del puerto, pero, por suerte, Alix ha podido sujetarse a un cabo atado a la nave.



¡Dame la mano Enaki!

El seísmo alcanza una violencia insólita: las murallas se vienen abajo, se abren grietas en el suelo: y el palacio de Sardon se derrumba con un estruendo pavoroso.



Las montañas se despedazan escupiendo bloques de piedra y chorros de fuego.



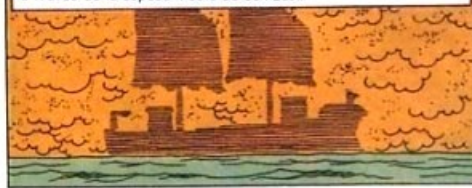
En medio de esta visión del fin del mundo, nuestros amigos consiguen llegar hasta el "Tiro", sacudido como un muñeco de paja por las aguas del puerto.



De momento, una lluvia de piedras, escorias y cenizas se abate sobre las ruinas de la orgullosa ciudad.



Pasan algunas horas... La calma vuelve a la isla. Al levantar el día, el "Tiro", algo dañado pero aún entero, apenas es visible a través de la espesa niebla de cenizas.



Sobre la ciudad pesa un silencio mortal... Sólo algunas sombras errantes, aquí y allá; raros supervivientes escapados por milagro del cataclismo... Uno de ellos es Arbacés.



¡Ayuda!
¡Piedad!...
¡Me muero!

¡Por Minerva! ¡Sardon!

¿Eres tú Arbacés?... ¡Rápido amigo, sácame de aquí!... No puedo más... Mis piernas están destrozadas...



¡Oh, oh! ¿Es su Ilustrísima Grandeza la que parece estar en tan lamentable posición? ¿Esperas que vaya a ayudarte canalla? ¡Jamás! La ocasión es demasiado bonita... ¡Hace tanto que la esperaba!...



Tu final será un poco largo quizás... ¡Pero eso te dejará tiempo para reflexionar sobre las molestias que se sufren dándole confianzas a un hombre como yo, después de haberlo ridiculizado tan a menudo! Cálmate, tu sucesión está en buenas manos... ¡Pero esta nueva carga comporta imperiosas tareas!



Perdona que te deje ya, el deber me llama... ¡Adiós Sardon! ¡Saludos a los dioses del infierno!...



¡Demonio! ¡Morirás igual yo!... ¡Esta isla está maldita!

DEJANDO A SARDON CON SUS AMARGAS REFLEXIONES, ARBACÉS RECORRE LAS RUINAS DEL MUELLE, CON LA ESPERANZA DE ENCONTRAR UNA EMBARCACIÓN. VAGA DURANTE MUCHO TIEMPO SIN ENCONTRAR MÁS QUE RUINAS. AL FINAL, DESCUBRE UNA BARCA PLANA, INCRUSTADA ENTRE LAS PIEDRAS, QUE PARECE TODAVÍA UTILIZABLE.



Empuja el esquife y repara el remo, luego se pone a palear...



Enseguida distingue en medio del puerto la silueta del "Tiro"...



Inmediatamente el griego, paleando con todas sus fuerzas, intenta huir de la embarcación, pero ésta avanza rápidamente. Para colmo, el remo de Arbacés se rompe.

¡Por todos los infiernos!



Me sentaré y probaré de remar con las manos... ¡Es inútil! ¡Estoy perdido! Ya están aquí...

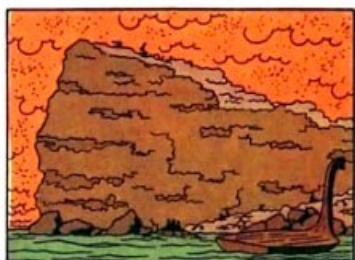


¡Efraús! ¡Milio! ¡Vaya! ¿Qué hacéis aquí?

¡Hola Arbacés! Alix nos ha saltado; Él considera que ya nos castiga suficiente, condenándonos a vivir en esta isla...



¡Bien, se arrepentirá!... Hay que impedir a esa nave llegar a mar abierto. Hacedme un sitio en vuestra barca, y vayamos rápidamente al canal.



Dejando que el esquife de Arbacés vaya a la deriva, los cuatro hombres se dirigen hacia el canal, donde aparecen los acantilados, a duras penas, entre la nube de cenizas.

Desembarcan enseguida y, una vez escolan las rocas, aparecen ante los guardias del canal, estupefactos, que además parecen desanimados por la reciente catástrofe...



¡Truenos, si parecen dormidos! ¡Vamos, arriba! Poned las balistas al borde del canal... Corred a buscar las flechas explosivas... ¡Espabilad, qué diablos!



Con torpeza, los hombres se apresuran a obedecer. Las flechas salen de su escondite.



Las balistas se adelantan hasta el borde del acantilado.

¿Y bien Efraús? ¿A qué esperas para hacer funcionar tus máquinas?...



Pero, de repente Efraús eleva la voz...

¡Ya basta Arbacés! Me opongo a este crimen añadido e inútil. ¡Dejemos a esa nave! Ocupémonos mejor de curar a nuestros heridos y de levantar las ruinas de nuestra ciudad, que ya ha sido bastante castigada con los crímenes cometidos por sus jefes... ¡y por ti en particular!

¿Cómo te atreves?... ¿Quién es el que manda aquí?

¡Toma, encaja esto perro, para que aprendas a discutir mis órdenes!

Subyugados, los soldados obedecen, y cuando, a través de la niebla, se aproxima la silueta del "Tiro", las mortíferas armas ya están preparadas

Esperad mi orden para disparar...

Está fuera de combate... ¡Está bien, dejadle! Me ocuparé de él más tarde. Vamos, cargad las balistas y apuntad a la salida del canal. ¡Rápido!

¡Pero en ese momento Efraús, socorrido por el capitán Milo, vuelve en sí!

Ayúdame a levantar... Ese maldito griego me las va a pagar...

¡Date la vuelta Arbacés! ¡Yo no ataco a un enemigo por la espalda!

El griego gira el rostro e, inmediatamente, Efraús se abalanza sobre él, loco de rabia

Le empuja con fuerza, y de un violento puñetazo, le hace chocar contra una balista.

Afortunadamente, el proyectil no alcanza al "Tiro", cae delante del barco levantando una inmensa salpicadura...

que llega hasta nuestros amigos en el puente.

¡Alerta! ¡Dirigida la balista hacia el acantilado!

El mecanismo de la máquina se suelta debido al choque, y la flecha explosiva se dispara con un silbido agudo.

Los hombres se apresuran y cargan la balista de flechas explosivas, y después apuntan a las rocas.

Cuando de pronto

¡Alto! ¡No disparéis!

¡Demasiado tarde! La flecha parte.

La flecha explosiva va derecha hacia los hombres que luchan en el borde del acantilado, bajo los asustados ojos de los soldados...



El proyectil golpea la roca, sin embargo la pólvora mojada no explota, sino que se funde en una espesa humareda...



Axfisiados y cegados, los dos adversarios se sueltan; pero mientras que Efraüs consigue guardar el equilibrio, Arbacés tropieza y cae al vacío dando un gran grito...



En ese lugar, el acantilado tiene una altura vertiginosa; el griego se revuelve en el vacío unos segundos antes de hundirse en el mar.

Un gran cortina de agua se levanta...

Un instante más tarde, únicamente unos círculos concéntricos en la superficie, dan fe todavía del drama que acaba de ocurrir.



Desde el puente de la nave que se ha acercado, nuestros amigos alzan la vista hacia lo alto de las rocas... ¡Nada! Efraüs y sus hombres han desaparecido como dando a entender a la tripulación del "Tiro" que el camino está libre. Entonces, lentamente, el barco sale del canal.



Llega a alta mar y, por última vez, Alix y sus compañeros vuelven los ojos hacia esa extraña Isla Maldita, de la que escapan humos y vapores, como si se tratara de una inmensa hoguera.



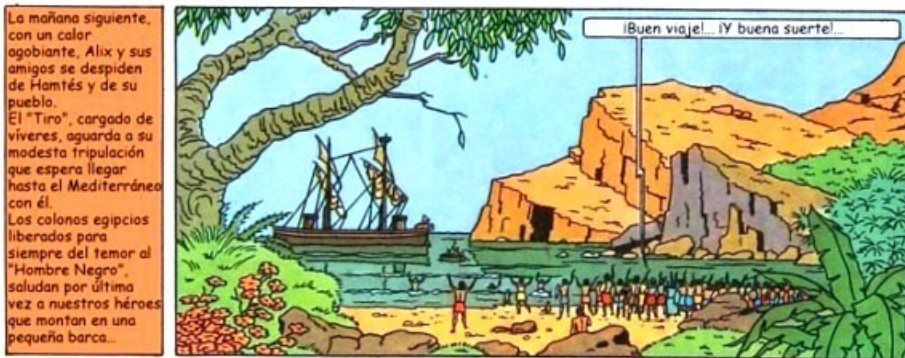
Una hora más tarde, en el desierto canal, el cuerpo de Arbacés sale a la superficie; pero no es más que un cadáver: el siniestro griego ha terminado su carrera.



La mañana siguiente, con un calor agobiante, Alix y sus amigos se despiden de Hamtés y de su pueblo.

El "Tiro", cargada de víveres, aguarda a su modesta tripulación que espera llegar hasta el Mediterráneo con él.

Los colonos egipcios liberados para siempre del temor al "Hombre Negro", saludan por última vez a nuestros héroes que montan en una pequeña barca...



¡Buen viaje!... ¡y buena suerte!...

¡Que los dioses les protejan! Lo necesitarán... ¡Cuatro hombres y un niño para llevar un navío como ese a buen puerto!...



El barco llega a alta mar. Desde la orilla, sus ocupantes parecen sólo unos pequeños puntos negros.



Sin duda, no los veremos nunca más... ¡Pero venid amigos: trabajo no falta a bordo!... Vamos a ayudar a Vitella y a Curius con las maniobras.



¡Qué agobio! Este calor anormal no me deja tranquilo... ¡Ojalá no sea el preludio de alguna nueva catástrofe!...



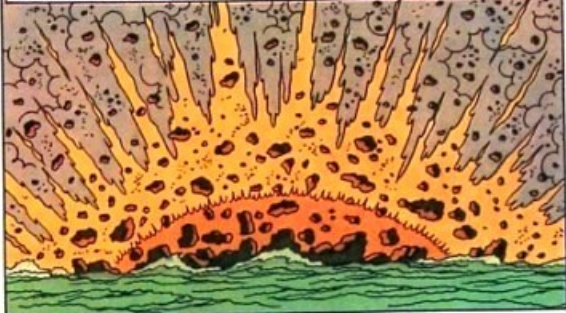
El calor es insuportable: no hay ni un soplo de viento y las velas del "Tiro" están inmóviles, como en una balsa de aceite.



De acuerdo; bajemos a ver...
Oh, pero...
¡Mirad allí, la Isla Maldita!...
Se diría que...



Nuestros amigos tienen tiempo de decir nada más. Una formidable explosión estremece el aire de los alrededores. La isla se despedaza entre un millón de llamas.



¿Qué hacemos?... Hay que encontrar como sea la manera de poner en marcha la máquina que hay en la bodega.



Petrificados por el horror, nuestros amigos, no hacen ni un solo gesto. Cuando el soplo de la deflagración llega hasta la nave, las velas se hinchan y se llevan al "Tiro"...



Es empujado a toda velocidad hacia el océano, agitado por terribles golpes. De repente, una ola gigantesca, se eleva tan alto como un acantilado, y corre hacia el desafortunado navio...



Con una fuerza inaudita, el maremoto pasa sobre la isla egipcia y la sumerge casi por completo, después prosigue su demencial carrera.



Durante horas, el "Tiro" es arrastrado a una velocidad espantosa por la enorme ola que al fin empieza a caer provocando terribles torbellinos.



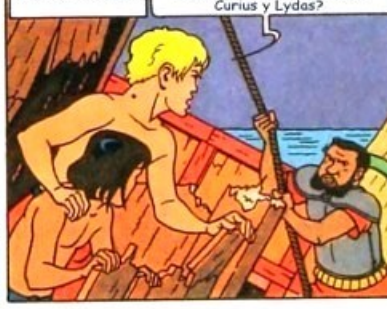
Lejos de allí, en el lugar donde en otro momento se alzaba la Isla Maldita, solamente algunas puntas rocosas emergen todavía entre las olas que pasan.



En cuanto al "Tiro", agrietado, destrozado y con el mástil roto, agoniza...



Y sobre los misereros restos...



¡Ah, Apolo, estás aquí!
Enak está junto a mí, vivo!
Pero, ¿dónde están Vitella,
Curus y Lydas?

Vitella, Curius y Lydas se encontraban en la popa en el momento en que se produjo el terremoto.

Vayamos allí a ver...
Agarraos a la borda...



Nuestros amigos penosamente llegan a la popa, que está parcialmente sumergida... Desgraciadamente, Curius y el viejo sabio Lydas ya no están allí; han desaparecido para siempre entre las olas. De los tres, sólo Vitella ha escapado de la muerte de milagro.

Una formidable masa de agua se abatió sobre nosotros... Cuando volví en mí, estaba solo entre los mil pedazos del camarote...



El tiempo pasa... Se hace de noche. La situación de los cuatro naufragos es desesperada: el barco se hunde cada vez más, y ellos no tienen más viveres. De pronto...

¡Allí!... ¡Una vela!...



Juntos en el extremo de la proa, nuestros amigos se ponen a gritar y gesticular...

¡Vienen hacia nosotros!
¡Amigos o enemigos,
por todos los dioses,
que se den prisa!



Mientras, a bordo del navío...

Se trata de los restos de una nave.
¡Pero veo unas siluetas que se mueven
en la proa! ¡Démonos prisa para
socorrer a esos desdichados!



Algunos instantes más tarde...

¡Tirado, deprisa!

¡Ah, de la nave!
¡Coged este cabo!



Rápidamente los cuatro naufragos suben a bordo del navío.
Para gran alegría suya, confirman que sus salvadores son marinos cartagineses que vuelven de una expedición mercante a lo largo de la costa africana.
Ellos también han notado los efectos del maremoto, pero estaban muy alejados para sufrir seriamente sus efectos.
Nuestros amigos cuentan a los marinos el relato de su odisea...

Me acuerdo bien de ti Alix... Yo estaba en el muelle el día de tu partida, y me alegro de poder ayudarte...
¡Dentro de unos días llegaremos a Cartago donde podrás tomarte un descanso bien merecido!



Sí... Pero vuelvo de esta expedición con el corazón lleno de amargura.
Me habría gustado traer a Lydas a casa; su ciencia hubiera podido dar todavía muchos logros a la humanidad!

Los dioses no lo han querido.
¿Y quizás sea mejor así?...



Mientras la nave maniobra, nuestros amigos se apoyan en la borda contemplando lo que resta del "Tiro". Después, el barco cartaginés cambia de rumbo y se aleja.
Entonces, en un gran sobresalto, la proa de lo que queda del barco, se levanta por última vez hacia el cielo antes de irse al fondo definitivamente y llevarse consigo los últimos vestigios de las extraordinarias creaciones científicas, con la ayuda de las cuales la orgullosa "Isla Maldita" soñaba esclavizar al mundo.



FIN